héroes del ESPACIO

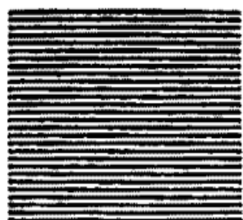
NOVELAS ECSA

LOS PIRATAS DE KORGIA

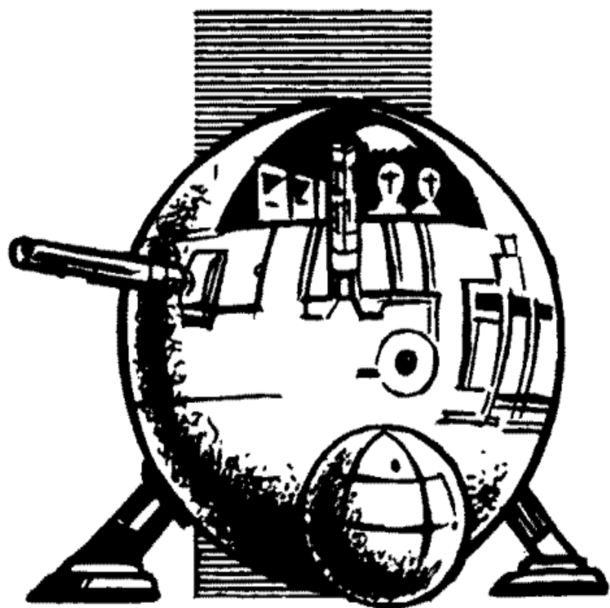
A. THORKENT

SOLO PARA ADULTOS





héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

98 — El asteroide de Kassandra, A. Thorkent.
99 — ¿Dónde está la Tierra?, Joseph Berna.
100 — El asesino que llegó del Cosmos, Law Space.
101 — Planeta invisible. Lucky Marty.
102 — Proa al futuro, Rocco Sarto.

A. THORKENT

LOS PIRATAS DE KORGIA

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 103
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84—85626—56—7
Depósito legal: B. 5.826— 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982
1.ª edición en América: octubre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona — 1982

CAPITULO PRIMERO

Tras meditar profundamente, llegué a la conclusión de que, una vez más, iba a necesitar al viejo. Lo llamé. Sumé el tiempo que tardó en contestarme con el tono irritado de su voz y saqué la conclusión de que lo había despertado.

—¿Qué se te ha roto esta vez, jovenzuelo? —preguntó, después de dedicarme una sarta de insultos.

Contemplé resignado el comunicador. A mis espaldas, Freddy suspiró. Carraspeé para aclararme la voz y dije con toda la calma que fui capaz de reunir:

—Abe, quiero que vengas inmediatamente.

—¿No eres capaz de manejar tu propia nave? Maldito seas. Yo sabía hacerlo cuando aún no me crecía la barba y me acostaba con las mejores fulanas de todos los espaciopuertos. ¿Qué pasa?

—Te lo explicaré aquí.

Escuché el chasquido del comunicador. Deduje que el viejo había cortado el contacto, lo que significaba que se dignaba a subir hasta el puente.

Hice girar el sillón y observé los gráficos del panel. A mi lado ahora, Freddy tabuló sobre unos mandos y amplió la imagen de la tétrica nave causante de mi preocupación.

—¿Crees que el viejo sabrá sacarnos de esta encerrona? —preguntó Freddy.

—Eso espero; si no, vamos a pasarlo mal, muy mal Esos tipos que tenemos ahí enfrente son de cuidado. La verdad es que habíamos tenido una suerte perra. Apenas terminamos de salir del hiperespacio cuando la nave de los korgianos nos prohibió seguir nuestra ruta A unos cien mil kilómetros estaba Lachman, nuestro destino, y en donde habríamos asegurado nuestra inmunidad.

—¿Despertamos a nuestro insigne pasajero? —preguntó Freddy Wittemberg.

—¡De ninguna manera! Déjale dormir —lo último que deseaba en aquel momento era la presencia enorme del olifhiriano.

Escuché que la puerta se abría y antes de volver la cabeza sonaron los primeros bufidos de Abe Slate, luego sus enormes pies

arrastrarse por el metálico suelo.

Sentí el aliento del viejo al inclinarse sobre mí, mirando la pantalla.

—¿Por qué no estamos descendiendo en Lachman? —inquirió restregándose los ojos—. Estoy deseando perder de vista a ese elefante con dos patas.

Se refería al Garh Eram de Olifhir, nuestro pasajero. Mi abuelo y el diplomático olifhiriano no se hablaban desde hacía varias jornadas. El viejo se enfadó con él porque, según su opinión, le hacía trampas jugando al ajedrez triple.

—¿Es que no lo ves? ¿No eres capaz de reconocer esa nave, viejo borracho? —exclamé, irritado.

Abe ocupó el asiento vacío y se puso una viejas gafas, con montura de oro. Durante unos largos segundos estuvo estudiando la nave que mostraba la pantalla. —Ah, un crucero de Korgia —musitó.

—Te felicito por tu agudeza.

—¿Qué quiere?

—Requisarnos cuanto llevamos.

—Podemos regalarles el Garh Eram.

—No bromees ahora.

Se volvió para mirarme, mostrando un gran enfado.

—Nieto, eres una calamidad. Esos piratas korgianos nos dejarán tranquilos apenas les mostremos el sello de la Tierra.

—Ya les he gritado que somos humanos de la Tierra y los tratados nos garantizan inmunidad.

—Entonces, no entiendo...

—No me extraña que no entiendas nada con la resaca que llevas encima —me armé de paciencia y empecé a explicarle—: Estamos en una situación muy delicada. Como apenas hemos salido del hiperespacio, no tenemos capacidad de maniobra para escapar. Nuestra posición está lejos de la superficie, por lo que ellos pueden destruirnos si les apetece, abordarnos o comernos vivos.

—¿No te han dicho claramente lo que quieren?

—Ese es el problema. No contestan en galacto.

—Todos los cerdos de Korgia lo hablan.

—Entonces fingen desconocerlo, abuelo.

El viejo asintió. Por momentos recuperaba su lucidez.

—Entiendo. Están esperando que desde la superficie de Lachman

registren la escena. Los controladores del espaciopuerto darán fe que nosotros no supimos identificarnos. Según las leyes, los korgianos no están obligados a conocer el galacto.

Respiré tranquilo. El viejo ya había comprendido para qué lo necesitaba en el puente.

—Tú sabes hablar en korgiano, ¿no?

—¡Me ofendes! Pues claro que sí. Tú aún te meabas en los calzones cuando yo dejé asombrados a los almirantes terrestres con mis dotes lingüísticas. ¿No te he contado que fui el intérprete en las negociaciones donde se forzaron a las bestias de Korgia a ser un poco civilizadas?

—Eso no me lo has contado nunca.

—Pues ocurrió que...

—Olvídate de eso ahora, abuelo —señalé con tembloroso dedo la funesta nave negra. Esta noche podrás contármelo. Ahora diles a esos piratas uniformados que somos terrestres repletos de inmunidad. Y de camino puedes decirles que tú interveniste en los tratados.

Una sombra de duda pasó por el rostro del viejo.

—No, eso no lo diré. Creo que ellos no quedaron satisfechos con los pactos. Ojalá no se acuerden del intérprete.

Le insté a que tomase el comunicador y estableciera contacto con la nave que nos interceptaba el paso. No disponíamos ya de mucho tiempo. Los korgianos podían lanzarnos un torpedo en cualquier momento, inutilizar nuestro sistema de impulsión y luego abordarnos. Si alguien protestaba, alegarían que no supimos identificarnos.

Mi abuelo tomó el micrófono y empezó a articular una larga serie de sonidos extraños, como si una sierra estuviera cortando un árbol de dura madera. Tras una larga pausa, desde la nave accedieron a responder. La conversación entre mi abuelo y los korgianos me produjo un ligero dolor de cabeza. Al final, Abe se volvió triunfante y dijo:

—Ya está. Los he acogotado. Se asombraron tanto al escuchar a un terrestre hablar su lengua, que necesitaron mucho tiempo para reaccionar.

—¿Ya no nos atacarán? —preguntó Fred.

—En absoluto. Por el contrario nos visitarán.

Salté del asiento.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Esos brutos a bor do del Cuartax?

El viejo rebuscó en mi cajón particular y encontró un cigarro, lo despuntó de un bocado y se lo puso en los labios, humedeciendo la punta. Me hizo un gesto demandando fuego.

—¿Qué has hablado con los korgianos? —pregunté, acercándole mi encendedor.

—Mira, muchacho, tú no sabes cómo son realmente los seres de Korgia; en cambio, yo los conozco perfectamente. Esos tipos, pese a ser unos piratas desde que nacen, poseen su código. Digamos que se trata de un código muy especial, difícil de comprender para nosotros, personas civilizadas. Al ver que no podían robarnos y luego destruir la nave, puesto que yo les hablé en su lengua y desde la superficie, en Lachman, han estado registrándolo todo, sólo les queda salvar su peculiar orgullo, lo que indica, dadas las circunstancias, que quieren llevar a cabo una visita de cortesía.

Miré a Fred. Mi compañero estaba muy pálido. Fue recobrando muy despacio el color, y dijo:

—¿Podemos fiarnos de ellos?

—Por supuesto. Todo es un acto de cara a la galería. Como en Lachman lo saben todo, los korgianos, que hace poco querían pasarnos a cuchillo, ahora pretenden alejarse de aquí como amigos nuestros. Así no recibirán las burlas de sus compatriotas —sonrió enfático—. Cuando salgáis de vuestro asombro podéis darme las gracias.

—¿Cuánto tiempo estarán a bordo?

—No será mucho tiempo, sólo el justo para beber unas copas. ¿Tenéis aguardiente de Pollux en la bodega?

—¿Ese matarratas?

—Es lo único que beben. Nosotros podemos tomar algo menos incendiario. Vamos, Fred, corre a la esclusa y recíbelos. En unos minutos estarán aquí.

Fred resopló y salió a toda prisa del puente. Yo pregunté:

—¿Qué hacemos con Eram?

—Ya sabes que los tipos como él duermen profundamente. Dejémosle. Sólo nos alquiló la nave para ir a Lachman, ¿no?

—Se lo tendremos que decir cuando aterricemos. Intuirá algo cuando vea el tiempo perdido.

—Bueno, yo me encargaré de explicárselo.

Vi al viejo arrugar el ceño y me estremecí. Si Abe mostraba aquel gesto quería decir que el peligro no había pasado del todo.

—¿Qué piensas?

—La verdad es que aún queda por solucionar…

—No te comprendo…

—Los korgianos nunca se resignan a perder alguna ganancia, por mínima que sea. Apenas se les pasó el malhumor por no habernos podido desvalijar, alguno de ellos habrá pensado algo.

—¿Por ejemplo?

—Demonios, eso no lo sé.

—Creí que lo sabías todo respecto a los korgianos —comenté lleno de mordacidad.

Abe buscó un panel pulido para usarlo como espejo y empezó a alisarse sus revueltos cabellos blancos. Con un poco de saliva se atusó los grandes mostachos, terminando por alisarse el traje, bastante arrugado.

—Nunca pretendas burlarte de tu abuelo, joven. No olvides que te he sacado de varios líos.

—Pongamos también en la balanza los problemas que me has causado y el fiel se inclinará notoriamente sobre el platillo de éstos.

—¿Qué quejas puedes tener de mí? Hablo cien lenguas y mil dialectos, conozco el espacio como la palma de mi mano y…

—¿Y qué me dices de las veces que he tenido que sacarte de la cárcel? Cuando no estás borracho andas tras las chicas como un colegial.

—¡Soy joven aún! Además, parte de esta nave me pertenece.

—Apenas un diez por ciento, lo que no te da derecho a viajar en ella como pasajero.

—Rectifica; soy un tripulante, el intérprete oficial. Por cierto que me debes el sueldo de un año.

Las ganas de soltar una carcajada me impidieron enfadar. Abe me enseñó a navegar, por cierto, pero cuando decidió jubilarse y se recluyó en la Tierra, a vivir de las rentas al lado de su esposa, comprendí que no lo resistiría mucho tiempo. Cuando la abuela murió, tuve que sacarlo de allí. Pensé que unas semanas conmigo serían suficientes para que pudiera volver a la casa que a él se le antojaba demasiado vacía.

Eso fue hace ya tres años. Desde entonces, Abe se negó a abandonar el Cuartax. Siempre tenía alguna excusa para no desembarcar. Lloraba como un niño insultándome, me amenazaba... En fin, que se convirtió en mi problema constante, en mi pesadilla de cada noche.

Y para ser honrado debo confesar que también me sacó de algún atolladero gracias a su experiencia. Pero de todas formas siempre pensaba que sería muy feliz el día que al final consiguiera convencerle para que se retirase a su casita en la costa y se dedicara a contemplar las olas tranquilamente. Pero a veces, al pensar en esa posibilidad, me estremecía. Y tenía dos motivos: el primero, que la melancolía llevase a la tumba al viejo en pocos días, y el segundo es que... maldita sea, mi cariño por el condenado viejo era muy grande. Lo echaría mucho de menos, la verdad.

Abe me empujó fuera del puente y anduvimos hasta el comedor. Antes pasamos por delante de la puerta del camarote del Garh de Olifhir. Garh equivale a príncipe, más o menos. Eram era un tipo simpático, pese a lo poco que se le antojaba a mi abuelo. Aunque medía dos metros y medio de altura se movía con agilidad, y su gran cabeza alejaba cualquier intento de miedo que pudiera provocar cuando sonreía, y se convertía en un ser bondadoso.

Apenas terminamos de preparar la mesa, cuando entraron en el comedor tres korgianos y Fred.

Un korgiano es igual a otro korgiano para los ojos de un humano. Abe aseguraba que él podía distinguirlos, pero yo siempre pensé que faroleaba. Tenía frente a mí a tres seres de escasa estatura. Las cabezas que salían de la unidad de presión era como media esfera, con dos grandes ojos saltones que bailoteaban entre una casi inexistente nariz. La boca era algo muy pequeño cuando permanecía cerrada, pero yo sabía que podía ser muy grande, llena de mortífieros dientes, si se abría totalmente. En lugar de orejas disponían a cada lado de un amasijo de carne oscura, gris como toda su áspera piel.

Fred hizo las presentaciones:

—Bruce Slate, el capitán; Abe Slate, el intérprete.

Uno de los korgianos se adelantó y dijo en galacto:

—Celebramos que el hombre viejo haya evitado una tragedia. Habríamos llorado intensamente si se hubiera producido tan

lamentable equivocación. Nuestro traductor automático no funcionaba y no podíamos saber que ustedes gozan del privilegio de la Tierra.

Abe acercó su boca a mi oído y me susurró:

—Miente como un bellaco, pero eso es natural en ellos. No escucharás una frase que no contenga una mentira enorme.

Aunque ya me había fijado en las grandes pistolas que pendían de los cinturones de cada korgiano, decidí ignorarlas y preguntar ofendido:

—¿Cómo pueden alegar que tenían averiado el traductor? ¿Acaso ustedes no entienden el galacto, como es evidente?

El viejo tiró de mi manga, susurrándome que no perdiese la calma. Yo sabía que el terreno que había empezado a pisar era resbaladizo, pero si no hubiera dicho aquello habría reventado.

El korgiano dijo llamarse algo así como Zumbee y emitió un gruñido, su versión de una fuerte carcajada. El condenado parecía estar de buen humor. Recordé la preocupación del viejo y me pregunté qué se traía entre manos para sacar beneficio de la situación.

—Todos los mensajes los recibíamos mediante el traductor, circunstancia que no nos percatamos. Por lo tanto, no captábamos nada coherente. Claro que al escuchar al intérprete todo cambió, como han podido comprobar. No queremos que se marchen sin recibir una compensación y les traemos este regalo.

Puso sobre la mesa una rara botella. El abuelo me dijo en un viejo dialecto terrestre que aquello no se podía beber, pero podríamos usarlo como combustible. Entonces yo entregué al korgiano un tubo de pasta de dientes y le aseguré que era un exquisito manjar de la Tierra. De haber podido, le habría dado la tapa de la taza de un retrete, diciéndole que era una valiosa obra de arte terrestre. Pero no la tenía a mano, sencillamente.

Entonces Abe llenó los vasos de los korgianos con el aguardiente de Pollux y los nuestros con un brandy bastante decente. Grabé en mi memoria que luego debía deshacerme de los vasos que utilizaban los de Korgia. El brebaje destinado a ellos les supo un poco flojo, pero agotaron rápidamente las dos botellas y envié a Fred a por otra más. Al pasar por mi lado me hizo un gesto que no comprendí. Fue como si quisiera decirme que afuera había algo inusitado.

Mi abuelo lo pasó en grande practicando el irritante idioma de Korgia, que los invitados forzosos celebraban constantemente, afirmando que les emocionaba comprobar que un humano pudiera entenderse con ellos en el bello idioma de su patria. Yo me pregunté si terminarían llorando aquellos pequeños monstruos en medio de una tala de bosques ante el ruido de las sierras mecánicas, figurándose que cantaban en su honor.

No veía el momento en que los korgianos se marcharan. Fred volvió con otra botella y de nuevo insistió en sus guiños y señales. Terminé irritándome con él porque no le entendía, y el pobre se encogió de hombros y me dijo más o menos que ya lo sabría.

El korgiano llamado Zumbee dijo que necesitaba algo de nosotros.

Con más de diez copas de brandy, mi abuelo aseguró que contase con ello si nosotros podíamos proporcionárselo.

—Ropas humanas —dijo Zumbee.

Todos abrimos la boca llenos de asombro, excepto Fred.

—¿Para qué quieren ustedes ropas como las nuestras? —pregunté, fijándome que sus cuerpos cortos y rechonchos, encontrando difícil que hubiera a bordo algo de su talla.

—No es para nosotros, sino para nuestra esclava —Zumbee hizo una indicación y uno de sus hombres salió fuera del comedor. Lo que trajo debía permanecer en el pasillo, esperando.

El korgiano llevaba de la mano una chica.

Comprendí entonces que durante todo el tiempo, Fred había estado intentando decirme lo que los korgianos habían metido a bordo.

Comprendiendo mi gesto de asombro, Zumbee se apresuró a explicar:

—Es una esclava legal, capturada en un mundo no amparado por los acuerdos con la Tierra.

Me fijé en la chica, una linda muchacha que nos miró con, desprecio, como si nuestra convivencia con los korgianos nos convirtiera en míseros seres.

Y al mismo tiempo, comprendía que ella era también la trampa que nos estaban tendiendo.

CAPITULO II

La chica era una humana de los pies a la cabeza, quiero decir que poseía un maravilloso cuerpo sin ninguna mutación extraña; y era muy hermosa pese a lo desaliñada que nos la presentaron y lo poco limpia de su apariencia. Tal vez un poco flacucha para mi total complacencia. De todas formas, decidí al instante que me gustaba.

Vestía parcamente y tal circunstancias me permitió corroborar mis precipitadas apreciaciones iniciales. Su enmarañado cabello negro le caía por los desnudos hombros, enmarcando un rostro ovalado y pequeño, en donde unos ojos brillaban con odio y una boca carnosa y sensual se esforzaba en mostrarnos un rictus de asco ante lo que veía. Era fácil comprender que estaba furiosa.

La chica tenía las manos atadas con una especie de esposas unidas entre sí por una larga cadena, de la que su celador la sujetaba con brusquedad.

Me pregunté si los korgianos querían ropas para ella debido al mal estado de las que la cubrían pobremente o era otra excusa más con la que presentárnosla. Al mismo tiempo comprendí que desde hacía un buen rato, Fred estuvo intentando decirme que en el pasillo habían dejado la esclava, sin duda con la intención de hacerla entrar teatralmente en el momento preciso.

—Como verán —empezó diciendo el korgiano llamado Zumbee— nuestra propiedad necesita una mejor apariencia si queremos venderla a buen precio.

Miré al abuelo y lo encontré más sereno de lo que cabía esperar, pese a los brandys que se había bebido. El viejo debió haber comprendido la jugada de los seres de Korgia. Muy tranquilo, preguntó:

—¿Dónde piensan venderla?

Zumbee soltó unos ruidos extraños y añadió en galacto:

—Nuestra intención primitiva era llevarla a Lachman, pero allí no existe mercado de esclavos. Por lo tanto, iremos a otro lugar.

Volvía a mentir el ser de Korgia, me dije enseguida. Lachman era un mundo neutral, pero donde la esclavitud no era tolerada. La nave de los piratas debía estar de paso cuando nos encontró y apuntó con

sus armas. Debían estar a punto de inmovilizarnos cuando la voz de Abe les hizo comprender que no podían hacerlo contra terrestres, que se habían identificado pese a su mísera argucia de hacer creer a los controladores del planeta que su traductor sufría una avería. Pero un korgiano nunca se resigna a perder un beneficio y ahora pretendían colocarnos una mercancía por un importe muy superior al que la habían estimado.

Miré a la chica y sonreí. Ella captó mi actitud y me observó con sus ojos, en los que el odio fue desapareciendo.

—No les pagarán mucho por ella —dijo Abe encogiéndose de hombros—. No merece la pena que gasten su dinero en vestirla.

La chica abrió la boca, indignada. Yo la contuve con un gesto, instándola a que se mantuviera callada o lo echaría todo a rodar. Mi abuelo sabría tratar a los asquerosos korgianos.

—Es joven y sana —protestó Zumbee—. Y según los gustos humanos, atractiva.

Abe soltó una carcajada.

—¿Atractiva? ¡Bah! Una escoba excitaría más a un navegador humano que llevase un año sin ver una hembra de su especie que su esclava, mi estimado amigo Zumbee.

—¿Qué dice ese viejo chivo? —exclamó la chica, poniéndose roja con rapidez. Su vigilante pegó un tirón a la cadena y ella estuvo a punto de caer al suelo.

Ante tan mal trato, tuve que hacer un gran esfuerzo para no saltar y darle un par de puñetazos al cerdo que la agarraba.

—Está muy delgada —siguió diciendo Abe, indiferente a la exclamación de la muchacha—. Yo no me acostaría con ella por nada del mundo; se me hincarían sus huesos. Amigo Zumbee, para nuestro gusto le faltan al menos treinta kilos.

—¿Y quien se va a acostar contigo, anciano apestoso? —gritó ella —. Tendrían que drogarme para rozarte, decrépito y lascivo viejo. Además, ¿qué podrías hacerme tú, con tantos años a cuestas?

Entonces me di cuenta que ella hablaba un idioma local de la Tierra que los korgianos no entendían y que le valió evitarse algún golpe para que se callara. Abe se volvió para verla, se alzó de hombros y dijo a Zumbee:

—Mira, mi consejo es que la mantengas encerrada durante un año o dos y la alimentes bien. Tal vez, cuando haya alcanzado un peso de

unos cien kilos o más, tenga un bonito aspecto físico y consigas venderla en... digamos unos mil créditos.

La piel de los korgianos se puso casi negra, lo que equivalía a expresar su rabia y decepción, o alguna otra cosa más. Zumbee dijo:

—Alimentarla durante este tiempo nos costaría casi quinientos créditos. Prefiero arrojarla por una esclusa al espacio.

—Estás en tu derecho —asintió el viejo, impasible.

Me pregunté si no estaba dejando ir las cosas demasiado lejos. Temí que los korgianos dieran media vuelta y regresaran a su nave, con la intención de dejar a la chica por el camino sin el traje espacial.

—Nos ocupa un sitio importante en la nave —dijo el de Korgia—. Amigo intérprete, te la ofrezco por dos mil créditos.

—Ni regalada.

Se volvió hacia mí y con los ojos me hizo la misma oferta. Yo miré a Abe y descubrí un ligero movimiento negativo de cabeza mientras miraba al techo simulando estar distraído.

—Bueno, yo... —miré a la chica, que me contemplaba desafiante, como si estuviera diciendo: ¿es que no valgo ese dinero? —. Lo siento, pero estoy sin un crédito.

El korgiano jefe y sus acompañantes empezaron a dar muestras de impaciencia. Estuve a punto de dar una oferta cuando Abe, casi de espaldas a todos, comentó:

—Podría llegar a ofrecer doscientos créditos. Y sólo porque necesitamos a alguien que nos friegue la nave, puesto que el robot lo tenemos estropeado.

—¡Mil quinientos créditos! —bramó el korgiano.

—Digamos trescientos —dijo Abe.

—¡Mil doscientos!

—Trescientos veinte.

Zumbee soltó unos irritantes sonidos.

—Mil créditos, ni uno menos.

—Trescientos cincuenta, ni uno más.

El korgiano jefe estalló en larguísimas sartas de chirriantes expresiones. Yo miré alarmado a mi abuelo, quien con los brazos cruzados parecía indiferente a todo, a la furia de Zumbee y al gesto desesperado de la chica, que presentía que no iba a terminar allí su esclavitud, al menos bajo la tutela de seres no humanos. Debía estar

diciéndose que era mejor ser esclava de humanos que de korgianos.

Zumbee ladró unas órdenes y sus secuaces empezaron a arrastrar a la chica fuera del comedor. No cabía la menor duda que la entrevista estaba concluida. Me sentí aturdido por todo aquello. Cuando ella estaba casi en el pasillo, grité:

—Pago los mil créditos.

Al instante, la cara enrojecida de Abe se revolvió contra mí y nunca le vi tan enfadado. También los korgianos mostraron su alegría y uno de ellos extendió sobre la mesa un papel que firmó con rapidez, entregándome la propiedad de la chica.

Yo conseguí deglutir y dije a Fred:

—Trae el dinero de mi camarote.

—Nieto, eres el más estúpido de cuantos he conocido. ¡Y te juro que a lo largo de mi vida me he topado con muchos!

* * *

Por la pantalla observaba como la nave de Korgia se alejaba a la distancia de seguridad requerida para saltar al hiperespacio. Un minuto después había desaparecido.

—Descendamos un poco más sobre Lachman y solicitemos permiso de aterrizaje —dije guturalmente a Fred.

Entonces me volví para enfrentarme con la mirada, aún cargada de censura, de mi abuelo.

—Bien, dime ya lo que sea —le espeté—. Estoy deseando que te canses de llamarme imbécil para que me dejes tranquilo.

Abe encendió otro cigarro que acababa de robarme. En medio de una nube de humo, dijo:

—Esa chica te ha costado seiscientos cincuenta créditos más de los que debiste pagar.

—¡Se la iban a llevar!

—Que va. No conoces a los korgianos. Por la expresión de ese Zumbee, estaba seguro de que mi oferta iba a ser aceptada. No habrían llegado al fondo del pasillo. Se hubieran vuelto y extendido sus manos para recoger los trescientos cincuenta créditos.

—Estás muy seguro —dije, dudando que lo estuviera.

—Desde luego. Comprendí que no tenían mucha experiencia con esclavos humanos. Es más, habría apostado que era la primera

criatura humana que capturaban. No tenían ni pajolera idea de cómo son las mujeres ni cuales son los gustos de los hombres respecto a ellas.

Empecé a ver el lado divertido de la cuestión e inicié una sonrisa.

—¿De veras te gustan gruesas? —pregunté.

Abe se levantó y lanzando humo como locomotora salió del puente. Desde la puerta, dijo:

—¡Véte al diablo!

Fred Wittemberg había establecido contacto con la superficie y los controladores nativos nos felicitaron por haber escapado de las garras de la nave de Korgia. Luego nos dijeron que podíamos descender en un par de horas en el espaciopuerto elegido por nosotros.

—Debe haber más tráfico de lo normal —comentó Fred cuando hubo cerrado la comunicación y empezó a suministrar los datos al computador—. Bruce, tienes tiempo.

—¿Para qué?

—Me refiero a la chica. Ve a verla y tranquilízala.

—¿Dónde está?

—La dejé en el camarote número ocho. Toma la llave.

—¿La has encerrado? —pregunté alarmado, cogiendo la llave.

—No pude preguntarte porque tú y Abe estabais despidiendo a esos cerdos grises; pero consideré prudente hacerlo. La encontré nerviosa y quería evitar que cometiese una tontería. Le entregué ropas limpias y le dije que podía tomarse una ducha caliente.

Salí del puente y al pasar delante del camarote de nuestro único pasajero encontré la puerta entornada. El ilustre Garh Eram de Olifhir debía estar despierto, tal vez enjabonando su voluminoso cuerpo en el baño, del que se quejaba como poco apropiado a sus dimensiones corporales. Me dije que debíamos contarle lo ocurrido apenas aterrizáramos en Lachman.

Me dirigí a la cocina y preparé algo de comida, que puse en una bandeja, además de una botella de leche. La chica podía estar hambrienta o asqueada de los alimentos korgianos. Ante el camarote ocho, vacilé un instante. Luego, apretando los labios, introduje la llave y abrí la puerta.

Lo hice en el momento justo en que ella salía de la cabina, húmeda y atándose los cabellos a la nuca con una cinta.

Rápidamente agarró una toalla, cubriéndose lo que pudo.

Carraspeé y puse la bandeja sobre una mesita cercana a la litera. Mi voz salió ronca cuando dije:

—Pensé que querría comer algo.

De soslayo la vi buscar una camisa y ponérsela precipitadamente. Se le cayó la toalla y me dije que el abuelo era un estúpido, porque la chica no necesitaba ni un gramo más para mejorar aquel cuerpo. Seguramente no llevaba mucho tiempo como prisionera o los korgianos la habían alimentado convenientemente. Deseché mi primera impresión de que estaba algo delgada

Cuando ella se puso los pantalones, se acercó a i mesa y miró el contenido de la bandeja con evidente avidez.

—No sé su nombre todavía —dije.

—Diana.

Se sentó y empezó a comer. La leche fue lo que más le agradó. Se la bebió toda. Acabó con el último emparedado y entonces me miró.

—¿Y ahora? —su pregunta era desafiante.

—Ah, aún no le he dicho que me llamo Bruce Slate Soy el capitán de esta nave, Cuartax de la Tierra. Pron to descenderemos en Lachman.

—¿Con quién me toca esta noche? —preguntó alzan do la barbilla.

—¿Eh? No entiendo...

—Es verdad. La respuesta es obvia. Si usted es capitán...

—¿Qué insinúa?

Se puso de pie de un salto y se acercó a mí tanto que su blusa medio abierta me mostró dos senos pequeños y erguidos. Levanté la mirada con algún esfuerzo y la deposité en su cara llena de enfado.

—No me venga ahora con cuentos, Bruce Slate. Si ha pagado mil créditos por mí será por algo más que hacerme fregar sus sucios suelos.

Yo tenía la boca abierta y la cerré de golpe. Mis dientes emitieron un chasquido y empecé a ponerme furioso.

—Mire, mocosa de nombre Diana, voy a decirle algo por una sola vez y espero no volver a tener que repetirlo. Hemos pagado una fortuna por usted para librarla de las garras de los seres más despreciables de la galaxia.

—¿Y qué más?

—¡Nada más!

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Cuando vean que yo no podré devolverle un céntimo, volarán a un mundo esclavista y me venderán.

Moví la cabeza. ¿Qué le pasaba a la chica? ¿Por qué veía tanta miseria por todas partes? De pronto recordé lo que Abe me había dicho apenas los korgianos se marcharon. El viejo creía que los familiares de la chica nos devolverían gustosos el dinero que habíamos pagado por ella, e incluso alguna recompensa. A Diana no podía decirle aquello. Por su cabeza pasaban ideas muy extrañas y podía malinterpretarme.

—En Lachman podrá hacer lo que le parezca —dije—. Allí encontrará ayuda en la embajada de… por cierto, ¿de dónde viene?

—De Krandilah.

Entorné los ojos. Nunca había oído aquel nombre. Debía ser un planeta muy alejado de mis rutas.

—Bueno, sin duda en la legación de Mundos Diversos la ayudarán. Obtendrá un empréstito para regresar a casa.

La vi abrir la boca, seguramente para decir algo de lo que se arrepintió enseguida. Al mismo tiempo la noté más distendida y relajada, como si en verdad empezara a creer que yo le decía la verdad.

—¿De veras considera perdido el dinero que pagó por mí? —preguntó en voz baja.

—Nunca pensé que tiraría el dinero librándola de los korgianos —sonreí.

Ella empezó a dibujar una ligera sonrisa, que yo lamenté se disipara tan pronto.

—¿Entonces puedo salir de aquí?

Precipitadamente, respondí:

—Desde luego. Usted es libre. No sé dónde el abuelo ha puesto su contrato de venta, pero se lo entregaré para que lo guarde usted misma.

Me dirigí a la puerta porque no sabía qué decir ya y, la verdad, la proximidad de Diana empezaba a inquietarme. Su carne sonrosada olía muy bien.

—La avisaré cuando nos dispongamos a aterrizar. —añadí antes

de salir al pasillo.

En el siguiente nivel me encontré con el abuelo. No parecía ya enfadado y me explicó:

—Acabo de tener una conversación con el Garh Eram.

—¿Le has explicado todo?

—Sí. Se puso muy nervioso cuando supo que los korgianos habían estado a bordo. Empalideció intensamente —el viejo sonrió—. ¿Te imaginas su cara de elefante blanca como la leche?

—¿Por qué se asustó?

—Oh, no lo sé. Se tranquilizó cuando supo que dentro de una hora y media estaremos en Lachman. Preguntó por el esclavo que habíamos tenido que adquirir para librarnos de los korgianos.

Entonces miré a Abe fijamente.

—Abuelo, ¿de veras que querías comprar a Diana sólo para que los korgianos nos dejaran en paz?

—¿Se llama Diana? ¿Qué más y de dónde viene?

—No desvíes la pregunta y contéstame.

—¿Y qué importa el motivo? Ella está aquí y a salvo, ¿no? Es lo que importa.

Le puse una mano en el hombro.

—Eres un bribón, un viejo gruñón pero lleno de buenos sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Que pareces un korgiano mintiendo, porque estoy seguro que habrías pagado, y de tu bolsillo, dos o tres veces más para que la chica no siguiera esclava de Korgia.

—¡Estás loco!

—Bueno, dejémoslo así. Diana no podrá restituirnos el dinero.

Le dejé ceñudo y con alguna frase hiriente entre los labios, sin darle tiempo me escabullí por el pasillo lateral, entrando en la sala principal, en donde me encontré con el Garh.

El noble de Olifhir bebía pausadamente una copa del licor característico de su mundo, un brebaje espeso de color verdoso, con lejano olor a menta y sabor difícil de explicar. Al verme me ofreció una copa que cortésmente rechacé, recordando la primera y única vez que lo probé, una experiencia no muy grata por cierto.

—Señor Slate, ¿cuál es su opinión respecto a las prácticas esclavistas que aún perduran en algunos mundos de la galaxia? —me

preguntó Eram, moviendo su enorme cuerpo en el sillón para mejor acomodarse.

Yo me senté en una silla mucho más pequeña, adecuada a mi anatomía. La que ocupaba el Garh Eram estaba especialmente diseñada para él. Pensé en su pregunta, que en cierto modo me había sorprendido.

—En la Tierra, hace muchos siglos, existió la esclavitud —respondí evasivamente.

—Me temo que en casi todos los mundos ocurrió algo semejante en algún momento de su historia —dijo Eram, con voz bien timbrada, que surgía de forma asombrosa de una boca tan grande—. Es algo lamentable. Mas, por fortuna, ese defecto suele corregirse en cierta época, ¿no?

—Creo que sí.

—Pero en algunos planetas, pese a su nivel tecnológico es una práctica corriente.

—¿Por ejemplo en Korgia?

—Sí, Korgia, por ejemplo. Es una raza despreciable, a mi entender.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —admití.

—Tengo entendido que se trata de una hembra humana lo que han comprado. Señor Slate, ¿qué sintió usted cuando vio a un miembro de su raza, esclavizado?

Entorné los ojos y fruncí el ceño. La pregunta era difícil de responder. La raza humana se había extendido muy rápidamente por la galaxia, hasta el extremo de que muchas comunidades no se consideraban descendientes de la Tierra. Además, había muchas variantes humanoides producidas por mestizaje. Y en la Tierra, a veces, se dudaba del parentesco que pudiera existir con ciertas etnias, aparentemente humanas, con los terrestres.

—En aquel momento habría triturado a los korgianos, señor —respondí guturalmente. Y era la verdad. Pero en mi sentimiento debió influir mucho ver que una chica como Diana era tratada como un animal.

El Grah Eram se pasó su mano derecha por el rostro, acariciándose la mejilla amplia y arrugada.

—Hace siglos, los terrestres llenaron la galaxia con sus naves, con

sus conquistas y negocios. Otras razas conocieron antes los viajes a las estrellas y ninguna provocó una conmoción semejante. Sus antepasados, señor Slate, me temo que causaron más daño que beneficios a los demás.

—Ese es su parecer, señor —dije un poco molesto.

—Desde luego, más muy generalizado. Cuando la poderosa Tierra terminó su larga guerra contra Korgia y sus aliados, en el protocolo se incluyó una cláusula donde se recogía el derecho de los korgianos a practicar la esclavitud siempre que no se vulnerara el dere cho de los ciudadanos terrestres y de una serie de mundos que se acogieron a dicho apartado. Por desgracia, infinitos planetas quedaron fuera del tratado y los de Korgia se encontraron con un extenso campo donde seguir practicando esa abominable costumbre.

La Tierra sostuvo una guerra pesada y costosa contra Korgia hacía más de un siglo. Luego, hubo un conato de conflicto que no degeneró en otro enfrentamiento armado por muy poco. Se hizo un nuevo pacto y los diplomáticos de la Tierra intentaron derogar el derecho de los korgianos a la piratería, en ciertos sectores de la galaxia, y a apresar esclavos. Pese a los esfuerzos de los intérpretes —entre los cuales estuvo mi abuelo— se logró disminuir un poco más los extraños privilegios de Korgia. Fue una trampa legal por la que los korgianos protestaron vivamente, pero al final tuvieron que marcharse con el rabo entre las piernas.

—Korgia es un cáncer en el centro de la galaxia, señor; lo sé. Pero el daño que causan en un siglo es infinitamente menor que el que ocasionaría una guerra.

—Una guerra que perdería.

—La Tierra quedaría tan mal parada de ella, aunque venciera.

—Pero con aliados...

—Nadie quiere enfrentarse con Korgia.

—Sólo hay que buscar una razón.

—¿Qué quiere decir?

—Que los tratados con Korgia son respetados, pero si éstos fueran vulnerados casi toda la galaxia se uniría a la Tierra para combatirlo, o al menos prohibirles seguir con las prácticas esclavistas.

—Los korgianos son muy astutos. Saben cómo actuar. Ya ha visto como se comportaron con nosotros. Por un momento estuvieron a punto de robarnos, pero apenas se dieron cuenta que no podían

justificar su actitud, dieron marcha atrás y se conformaron con vendemos el esclavo que llevaban a bordo.

—Esa esclava, ¿de dónde es?

—De Krandilah.

El gesto de Eram fue de decepción.

—Ese mundo no está amparado por el protocolo. Los korgianos pueden hacer esclavos a sus habitantes, aunque sean humanos descendientes directos de la Tierra.

—Si usted lo dice… La verdad es que nunca había oído hablar de ese planeta.

—Está más allá del Quinto Círculo. Creo que es un planeta con un 95% tipo Tierra y viven en él diversas etnias raciales.

Me levanté.

—Tengo que ir al puente. Pronto estaremos en Lachman.

—Estupendo, capitán.

Salí de la sala y mientras me dirigía al puente, me preguntaba por qué un alto dignatario de Olifhir, poderosa Federación, iba a Lachman de incógnito a bordo de una nave comercial con matrícula terrestre.

CAPITULO III

El Garh Eram nos había pagado generosamente y aún debíamos estar a su servicio cinco días más. Según fuesen las noticias que le esperaban en Lachman, podría decirnos que nos marcháramos o bien, según estipulaba una claúsula del contrato, continuar utilizando nuestros servicios, con lo cual nosotros cobraríamos un elevado tanto por ciento más adicional.

Apenas se apagaron los motores del Cuartax, un inspector de aduanas subió a la nave a revisar nuestros papeles. Se trataba de un tipo muy alto y delgado, que al cruzar las puertas se doblaba y yo temía verlo quebrarse como un palo seco.

Lo conduje a mi despacho y allí le mostré el libro y todos los documentos. Cuando leyó lo del incidente recientemente acaecido, frunció el ceño.

—Ah, el intento de asalto de la nave Korgia fue lamentable. Tengo entendido que todo quedó registrado. Desde luego, ellos habrían podido saquearles impunemente —dijo—. Estos últimos tiempos están utilizando sagaces tácticas, esos bribones.

—¿De verdad que no podían intervenir? —pregunté.

—Por supuesto que no. Este asiento de mil créditos que veo aquí fue pagar por alguna futileza, ¿no? Vamos, una estratagema de los korgianos para que les dejaran en paz, supongo.

Le extendí el recibo y documento de venta de Diana.

El aduanero frunció el ceño y estudió el último papel. Parecía preocupado y yo empecé a inquietarme.

—¿Algo no está bien?

—Verá, es que... Bueno, al parecer el asunto de su pasajero está correcto —se acercó y dijo susurrante—: Sé que el Garh Eram viaja de incógnito. De hecho, lo tengo todo dispuesto para que pase a una sala del astropuerto, donde ciertos caballeros le aguardan. Ya avisaré cuándo puede desembarcar. ¿Entendido?

No comprendía nada y me limité a asentir.

—Ahora hablemos de la chica.

—¿Qué pasa con ella? Como habrá supuesto, la compra de Diana se debió a...

—Oh, sí. Lo entiendo. Hubieran pagado el mismo dinero por una caja vacía con tal de quitarse de encima a los korgianos. Pero al tratarse de una esclava...

—¿Quiere explicarse de una vez?

—Señor Slate, en Lachman no está autorizada la esclavitud, pero nuestro particular estatus permite que viajeros en tránsito la practiquen. ¿Va entendiendo?

—No. Esa mujer es libre. Quiero que alguien se haga cargo de ella, alguna entidad que le devuelva a su planeta.

—No existe representación de Krandilah en Lachman.

—Bueno, pues la suelto y listo. Que ella se las apañe.

El aduanero movió la cabeza.

—Sigue sin entender nada, amigo mío. No se puede soltar un esclavo sin liberarlo.

—Ella está libre.

—No disponemos de medios burocráticos para su emancipación.

—¿Y qué tiene que ver?

—Que nuestras leyes prohíben que los esclavos sean desembarcados. La... señorita Diana no puede abandonar esta nave siendo esclava.

—¡He dicho que ya no lo es, que le devuelvo su libertad!

El nativo puso un gesto muy preocupado.

—Oh, señor Slate, ¡qué difícil nos lo pone! Lachman no puede certificar que está manumitada. Tendríamos que pedir conformidad a la Tierra, a cierto Comité que trabaja para acabar con la esclavitud.

—Hágalo.

—Eso haremos, pero tardará algún tiempo, digamos unos siete o nueve días.

—¡Pero nosotros no estaremos tanto tiempo aquí!

—Cuanto lo siento. Si el mensaje de la Tierra no llega para entonces tendrán que llevársela, hasta que desciendan en otro planeta donde existan poderes para certificar su liberación.

—¡Esto es absurdo!

—No grite, señor Slate; nosotros nos atenemos al Protocolo...

Empecé a decir lo que pensaba del dichoso protocolo, pero me callé cuando noté que el aduanero se ponía tenso. No es prudente enemistarse con alguien que ha de sellar un montón de papeles para que le dejen a uno en paz, sin más inspecciones. Además, comprendí

que el sollado no iba a ser visitado, y quizás en ello tenía mucho que ver la presencia a bordo del importante personaje. Y era mejor así, porque el abuelo guardaba cosas que tal vez la legislación nativa podía tachar como contrabando peligroso para la frágil economía de Lachman.

—Está bien. Conservaremos a la esclava —dije guardándome los papeles.

El aduanero se levantó después de estampar varios sellos y guardarse el dinero por tasas de desembarco. Antes de salir, dijo:

—Será avisado adecuadamente para que el Garh Eram desembarque. Ah, el capitán, según nuestras leyes, debe acompañarle hasta que esté fuera de la zona neutral. Un vehículo vendrá a buscarles.

Cuando se marchó parpadeé varias veces, incapaz de dar crédito a lo que había escuchado. Entró el abuelo y se lo expliqué todo de un tirón.

El viejo se atusó el bigote y no pareció nada sorprendido.

—¿Lo sabías?

—No estoy muy enterado de las leyes de este planeta, pero sé que no es fácil manumitar un esclavo. Por el contrario, resulta muy sencillo venderlo en algún mundo esclavista.

—¿Estás pensando en vender a Diana?

Socarrón, Abe comentó estudiándose las uñas:

—Haríamos un buen negocio. Pese a todo lo dicho, por una chica como ésa nos pagarían más del doble donde yo sé...

—Vé al infierno, viejo borracho —reí, sabiendo que era partidario de bromas, a veces de muy mal gusto.

Escuché un ruido y rápidamente me asomé al pasillo. Apenas tuve tiempo de ver a Diana doblar una esquina y desaparecer con rapidez. Me volví preocupado al despacho y dije a Abe que era la chica.

—¿Crees que nos habrá escuchado? —preguntó.

—Eso me temo. Espero que haya comprendido que tú bromeabas.

—¡Seguro! No puede ser tan tonta como para creer que...

—Claro, hombre, ninguno de nosotros ha podido pensar que íbamos a venderla.

Pero poco más tarde comprendí que estaba equivocado, cuando Fred corrió en mi busca para decirme que Diana se había largado de la nave.

—¡Tenemos que avisar a las autoridades del puerto!

—grité.

Ni Fred ni el abuelo tuvieron tiempo de responder. Sonó un aviso desde el comunicador exterior. Lo conecté y supimos que el vehículo enviado para el Garh Eram había llegado.

Busqué mi capa nueva y dije:

—Tengo que acompañar al olifhiriano. Apenas lo deje en buenas manos daré parte de la fuga de Diana.

Corrí hasta la antesala de salida. Allí ya me esperaba el Garh, con un par de maletas a su lado. Tomamos el ascensor y alcanzamos la superficie. Al otro lado de las puertas había un lujoso vehículo. Tres hombres estaban diseminados, mirando los alrededores, como si vigilaran.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañado.

El Garh anduvo impasible hacia el vehículo y antes de llegar a él me respondió en voz baja:

—Nada, no se inquiete, vea lo que vea.

Nos alojaron a Eram y a mí en el habitáculo posterior y los tres guardaespaldas se situaron en los asien tos delanteros, sin dejar de escrutar a través de los cristales.

—Creí que su viaje era totalmente incognito —gruñí en cierto momento, cuando los edificios del astro puerto estaban cerca.

—Y lo es, al menos hasta este momento. Ciertas personas me están esperando —Eram hablaba con un marcado tono de preocupación.

Entonces me fijé que entre sus manos llevaba una valija de piel, muy brillante.

El vehículo se detuvo en el interior de un recinto cerrado, los guardaespaldas saltaron y uno nos abrió la puerta. Al pasar yo junto a él recibí una mirada cargada de recelos, como si fuera un sospechoso.

Seguí al Garh dando grandes zancadas, para no alejarme mucho de él. Por un momento rocé la culata del arma que siempre llevaba oculta entre los pliegues de mi capa, y me pregunté si no debí haberla dejado en la nave. Si aquellos matones la descubrían...

Alguien llegó por el pasillo y dijo a los guardaespaldas:

—Hemos cambiado los planes. Cruzaremos el vestíbulo principal. Entre tanta gente pasaremos desapercibidos y llegaremos al recinto

especial en unos minutos.

Esperó el consentimiento de Eram, quien al cabo de un instante, tras pensarlo, terminó asintiendo y la marcha se reemprendió.;

Recorrimos unos estrechos corredores que debían ser poco usados. De trecho en trecho, descubrí hombres apostados con armas en las manos. Un guardaespaldas se adelantó y abrió unas amplias puertas. De pronto nos vimos inmersos en el gran vestíbulo principal. Aquel brusco cambio produjo en mí cierto aturdimiento. Pasar de los estrechos y mal iluminados pasillos a un espacio enorme, cegador y repleto de seres procedentes de mil mundos, suponía un cambio demasiado espectacular.

Cintas de traslación y tubos de ingravidez se entrecruzaban ante mí de forma caótica. Ciertamente, las instalaciones estelares de Lachman resultaban algo anticuadas. Los anuncios luminosos y avisos de embarque llenaban el ambiente de cegadores destellos y ruidos ensordecedores. Los hombres de la escolta nos abrían paso, a veces con malos modos. Los pasajeros y curiosos se revolvían contra nosotros con gestos agrios. Un ser verdoso agitó sus tentáculos y un guardaespaldas le empujó sin contemplaciones.

Me coloqué a la altura del Garh y percibí su creciente nerviosismo. Un hombre nos susurró que estábamos cerca de nuestro destino. Yo alcé la cabeza y vi unas cabinas suspendidas en el aire, a unos cien metros de distancia. Bajo ellas había más hombres, pero uniformados y con pesadas armas largas, amartilladas.

Por aquella zona había menos gente y caminamos más deprisa y desahogados. De pronto, alguien gritó:

—¡Cuidado, Bruce!

Me volví y todo empezó a suceder vertiginosamente. Vi a Diana vestida como un muchacho, asomar por una columna. Su brazo derecho señalaba a nuestras espaldas. Me giré inmediatamente y descubrí, a unos veinte metros de nosotros, a tres extraños seres enfundados en largas túnicas que sacaban algo de entre los pliegues.

Cuando el primero empuñó el rifle láser sólo pensé en empujar al Garh al suelo y luego arrojarme yo a su lado.

El fogonazo pasó por encima de mi cabeza. Luego sabría que alcanzó a un guardaespaldas, al que desintegró en medio de una bola roja. Al tiempo que me revolvía, mi mano se agarró a la culata de la pistola. Uno de los seres con túnica corría hacia nosotros y disparé.

Lo detuve en seco, a medio saltar. Cayeron un brazo y media pierna. Lo demás quedó consumido.

Un guardaespaldas se antepuso a nosotros y nos libró, tanto al Garh como a mí, de sufrir una súbita y mortal quemadura. Un trozo de cadáver chamuscado cayó ante mis narices, y comprendí que el infeliz no había recibido de lleno la descarga, pero me proporcionó unos segundos preciosos para apuntar y cargarme a otro asaltante.

El tercero, al ver perdida la partida, nos dio la espalda y echó a correr. No fue muy lejos. Tres o cuatro bolas de fuego eclosionaron a su alrededor— y no quedó ni una molécula de su persona. Luego vi flotar un pedazo de túnica.

Los hombres uniformados que aún estaban lejos cuando empezó todo, corrían como desesperados hacia nosotros, nos rodearon y ayudaron a los guardias del astropuerto a alejar a los curiosos.

Aturdido, me levanté y ayudé a Eram a incorporarse. Como un cañonazo resonaron en mi cabeza, de súbito, los mil ruidos distintos del vestíbulo, que por un momento había dejado de percibir.

El Garh me miró y puso sus manos sobre mis hombros. Noté el gran peso de aquellos dedos gruesos, pero los ojos que me miraron expresaban agradecimiento.

—Gracias, capitán Slate.

Entonces me acordé de Diana y la busqué con los ojos. Un guardia la traía a rastras.

—Déjela —dije—. Ella nos alertó.

El hombre dejó de agarrarla y tuvo que apartarse para librarse del puntapié que Diana le lanzó, furiosa.

—Hola, pequeña —le sonreí—. Debo darte las gracias.

Los labios de Diana se apretaron y fue su escueta respuesta.

Pero se estaban congregando muchas personas y alguien aconsejó que nos marchásemos todos de allí cuanto antes.

—Vamos, en el recinto estaremos seguros —dijo el Garh.

Cogí a Diana del brazo y entre una doble fila de soldados nos apresuramos cuanto pudimos hacia las cabinas flotantes.

* * *

Después de conseguir cigarrillos pude quedarme a solas con Diana en una pequeña salita. Al otro lado del grueso muro, Eram y

un grupo de personajes enigmáticos sostenían una entrevista. El Garth me pidió que esperase, con su voz aún trémula por lo sucedido.

Me senté frente a Diana.

—El abuelo hablaba en broma —dije—. ¿Te escapaste porque suponías que pensábamos venderte?

Ella me devolvió una mirada iracunda, cargada de desafío.

—¿Por qué no? Estoy demasiada escarmentada de todo.

En aquel momento se produjo una conmoción y yo hubiera empuñado de nuevo mi arma, de tenerla. Un guardia me la confiscó, asegurándome que me la devolvería, pero las medidas de seguridad exigían que ningún civil podía ir armado dentro del recinto de seguridad.

Escuché pisadas, carreras y cierto nerviosismo. Al cabo de unos minutos pareció volver la calma y decidí continuar la interrumpida conversación con Diana.

—Mira, las leyes locales no permiten que te quedes aquí como esclava, ni tampoco están capacitadas para liberarte. Por lo tanto debes acompañarnos a otro planeta donde exista una legación terrestre que lleve a cabo los trámites en unos minutos. ¿De acuerdo?

—No me queda otra alternativa que creerte, ¿no? Legalmente sigo siendo de tu propiedad.

—¡No empecemos! —exclamé perdiendo la paciencia.

De pronto, cuando la sonrisa de ella floreció, comprendí su trampa. ¡Claro que me creía! Ahora era Diana quien bromeaba. Solté una carcajada.

—Entiendo —dije—. Comprendo tu postura. Me alegro que tengas sentido del humor. ¿Quieres explicar

me ahora cómo supiste que esos tres seres iban a disparamos?

Diana sonrió y yo la encontré más bonita que nunca. ¡Qué barato me había salido su libertad! Al mismo tiempo pensé que me habría gustado fuese realmente mi esclava e hiciera todo lo que quisiera yo.

—Llevaba un rato deambulando por el vestíbulo sin saber qué hacer cuando descubrí a tres korgianos que se ocultaban con grandes túnicas...

—¿Eran korgianos?

—Desde luego —dijo ella con acritud—. Los conozco muy bien.

Parecía muy segura. Durante el tiroteo no tuve tiempo de verlos

bien, apenas unas amplias túnicas revolotear y luego varias bolas de fuego que las consumían. ¿Por qué no podían ser korgianos? ¡Había quedado tan poco de ellos!

Me levanté y dije:

—Tengo que decírselo inmediatamente al Garh.

Salí de la habitación y al otro lado fui detenido por un par de soldados. Ante mi insistencia, me dejaron entrar donde se hallaba el Garh. Apenas pude ver cómo tres seres salían al mismo tiempo que entraba yo.

—Quienes nos atacaron eran korgianos —dije de sopentón.

El demacrado rostro del olifhiriano asintió.

—Lo sé.

—Creí que le sorprendería —dije aturdido.

—Se ha confirmado que eran de Korgia, analizando los restos que se encontraron —añadió el Garh, llegando hasta una silla y derrumbando en ella su gran cuerpo—. Temíamos un ataque de ellos.

—Esto es demasiado complicado para mí —admití.

—Ha ocurrido una gran desgracia, amigo Slate. Perdone que aún no le haya expresado mi agradecimiento por haberme salvado la vida pero es que...

—¿A qué desgracia se refiere?

Desolado, el Garh alzó la cabeza y sus tristes ojos parpadearon varias veces antes que dijera:

—En el tumulto he perdido las pruebas que traía.

Si inmediatamente no comprendí, al recordar la valija de piel que había tenido siempre bien agarrada, pensé que allí debía llevar importantes documentos. Relacioné el anterior tumulto con la pérdida, tal vez producido al percatarse el Garh que ya no la tenía.

Me senté.

—¿Puede decirme qué pruebas son ésas? —pregunté.

CAPITULO IV

Pero el Garh estaba demasiado agotado y me contestó que en otro momento tal vez pudiera ser más explícito. Le recordé que esperaba sus instrucciones. Quise ser honrado y mencioné mi obligación de permanecer aún en Lachman por cinco días más. En ese plazo, él podía rescindir el contrato o ampliarlo.

Se levantó pesadamente y bajó la mirada hacia mí.

—Señor Slate, necesito algún tiempo para que mis... colaboradores y yo podemos replantearnos los hechos y tomar nuevas medidas. ¿Por qué no vienen todos conmigo estos días?

—¿Con usted? ¿Adonde?

—Fuera de la ciudad dispondré de una propiedad, una vivienda amplia y segura, con todas las comodidades. Puede invitar también a la chica.

—No puede salir del astropuerto —dije, pensando que Diana ya había infringido las leyes locales.

—Tonterías. Yo lo arreglaré todo con ese testarudo aduanero. Y al decir que deseo vengan todos me refiero también a su abuelo y al señor Wittemberg.

—No podemos dejar sola la nave...

—Su nave necesita alguna reparación. Permítame que sufrague esos gastos. En cierto modo no la reconocerá dentro de cinco días.

Y sonrió con su extraña expresión. Salió dejándome un poco confundido. El Garh no había sido muy hablador durante la travesía, excepto las veces que jugó con mi abuelo al ajedrez triple. Ahora yo lo encontraba, pese a su preocupación, muy amable.

Me puse en comunicación con el abuelo y le conté detalladamente todo lo sucedido. Al principio, el viejo se resistió a dejar la nave, pero le convencí cuando insinué la posibilidad de que el Garh reanudase las partidas con él. A Fred le fue suficiente saber que dispondría de unas comodidades sofisticadas en la residencia del olifhiriano.

En cuanto a Diana... Bueno, encontré a Diana esperándome con impaciencia y ella recibió las noticias con una impasibilidad que me sacó de quicio.

Un vehículo aéreo nos trasladó a la residencia en cuestión. La vivienda era amplia y estaba construida sobre una meseta que dominaba toda la extensa llanura. En el horizonte se hallaba la ciudad y el astropuerto quedaba al otro lado de los montes coronados por las eternas nieves.

La mansión nos pareció al principio una fortaleza.

Más de tres cuartas partes estaba situada bajo tierra, pero en el exterior disponía de campo de aterrizaje, piscina y pistas para diversos juegos, así como un pra do donde uno podía montar una especie de caballo con más nervios que alzada. Decidí no comprobar mis habilidades como jinete.

Sólo al siguiente día vi al Garh Eram. Me encontraba en un salón, una de cuyas paredes daba a la piscina. Había estado admirando a Diana nadar al otro lado del cristal, siguiendo sus movimientos y cabriolas, como si ella quisera exhibirse. Me había preguntado ya si no se había percatado que yo la observaba. Por supuesto, nadaba desnuda, ya que antes de dejarme para ir a la piscina había comentado que era la única forma en que se puede hallar placer en el agua.

Eram carraspeó y yo conseguí apartarme del cristal. Vi a Diana alejarse hasta el otro lado e hice un esfuerzo para olvidarme de ella. El Garh Eram llegó acompañado por dos humanos. Uno, evidentemente, era nativo de Lachman, o al menos vestía ropas locales. El otro, de poca estatura y edad mediana, lucía costosos ropajes terrestres. Los reconocí como a dos de los tres que salieron cuando en el astropuerto yo corría a decirle a Eram que nuestros atacantes eran korgianos.

Nuestro ilustre pasajero me presentó a sus acompañantes:

—Sir Murphol de la Tierra y Allenger, de la Colaboración Estelar.

Colaboración Estelar era una sociedad de mundos de la Galaxia que no toleraba ningún tipo de relación con naciones que mantuvieran intercambios económicos con Korgia. Gente bastante intransigente, pensé. Me pregunté qué hacía allí su representante, en compañía de mi compatriota y del ser de Olifhir.

Eram indicó unos asientos que rodeaban unas mesitas llenas de bebidas y delicados manjares. Cuando nos acomodamos me di cuenta que daba mis espaldas a la piscina. No sabía si Diana seguía allí.

—Ayer estuve buscándole, Garh —dije aceptando una copa.

—Lo sé. Me lo comunicaron los criados. Estuve muy ocupado todo el día. Luego, al anochecer, mantuve una conversación con la bella humana que le alertó a usted para darle la oportunidad de salvar mi vida. En cierto modo debo mi existencia a ambos.

Casi me atraganté al oír aquello. Retiré la copa de mis labios y pregunté:

—¿Habló con Diana?

—Sí. Diana Morton me ha devuelto la confianza.

—¿Morton? Ella no me dijo su apellido.

El terrestre intervino:

—Yo también estuve presente en la reunión, señor Slate. El Garh me lo contó todo respecto a la mujer capturada por los korgianos y que compraron ustedes.

Lo que hizo Diana merecía que me arriesgase y dejase ver. ¿Comprende que mi presencia en Lachman es aún más secreta que la del Garh Eram?

Negué con la cabeza. No entendía nada. Por el contrario, a cada momento todo me resultaba más confuso. Opté por una postura distante y expectativa.

—Quise arreglar la situación de Diana Morton —siguió diciendo Murphol—. Hablé con ella con toda claridad y le rogué que me dijese la verdad. Llorando, Diana se sinceró. Aunque procedía de Krandilah, donde fue hecha prisionera, su nacionalidad es terrestre.

Todo mi ser vibró y la niebla en mi mente fue disipándose.

—¡Los korgianos capturaron a una terrestre!

Alleger movió una mano, señalándome alborozado porque al fin había comprendido.

—Exacto. En gran parte de la galaxia estamos hartos de Korgia. Queremos acabar con ellos o reducirlos a sus mundos, que se termine la piratería y el comercio de esclavos con los que ensucian las rutas espaciales. Aunque no podemos anular el protocolo unilateralmente, con la unión de Olifhir, los dominios de la Tierra y la Colaboración que represento, sólo necesitábamos pruebas de que Korgia había roto los acuerdos, por lo cual podíamos darle un ultimátum. El Garh de Olifhir traía las evidencias que necesitábamos, pero en los tumultos del atentado la carpeta fue robada. ¿Compren de nuestra desesperación, capitán Slate?

Apenas asentí, Eram tomó la palabra:

—Habíamos acordado reunimos aquí para verificar mis pruebas antes de anunciar a Korgia nuestra decisión de ir a la guerra si no deponía su actitud hostil. Todo fue preparado en el más grande secreto; pero de

bió existir alguna filtración y ellos se enteraron de algo.

—¿Por eso la nave estaba esperándonos?

Eram soltó su peculiar risa.

—Bueno, entonces no nos destruyeron porque yo dormía y ellos no sabían concretamente qué nave me transportaba. Creo que fue una suerte para todos, que mientras ellos subieron a bordo del Cuartax me encontraba sumido en profundos sueños. Así, ustedes se comportaron con tanta indiferencia, lo que les hizo pensar que el enviado de Olifhir no podía estar allí. De todas formas tenían preparado un comando suicida en el astropuerto, y seguramente un segundo grupo más hábil para robarme las pruebas.

—¿Por qué no nos advirtió? —pregunté un poco molesto, por lo que suponía una falta de confianza hacia mí, mi abuelo y Fred.

—Saber la importancia de mi misión les habría puesto nervisos, ¿no? Nunca habrían admitido que los korgianos subieran a bordo y tal actitud habría puesto en posición de sospechas a nuestros enemigos, que no hubieran dudado en abrir fuego, pese a los riesgos de incurrir en falta de protocolo.

—¿Y piensan que con la chica han vuelto a recuperar al posición de ventaja? —pregunté.

—¡Desde luego! Usted, capitán, posee un documento oficial korgiano por el cual le han cedido a Diana Morton por mil créditos. Es legal, bajo el punto de vista de Korgia, porque en él se detallan las características físicas inconfundibles de Diana, una ciudadana de la Tierra.

—¿Cómo es posible que los korgianos hayan cometido semejante error?

—No viven ciudadanos terrestres en Krandilah, aunque la mayor parte de sus habitantes son humanos, y esos cerdos de Korgia saben que un esclavo humano se pagan bien.

Me acaricié el mentón. ¿Por qué Diana no me había dicho la verdad desde el primer momento? Demonios, una propiedad así resultaba ilegal y no era preciso realizar una certificación de liberación. Por su ciudadanía, Diana quedaba sin su condición de

esclava automáticamente. ¿Acaso la chica había perdido la memoria? Incluso se resistió a revelarme su apellido.

Entonces me asaltó una duda y me vi entre aquellos personajes fuera de lugar.

—¿Por qué me han contado todo esto?

Los tres me miraron al mismo tiempo y Murphol dijo solemnemente:

—Porque usted ha de ayudarnos, capitán Slate.

Y Eram añadió:

—Desde este momento queda prorrogado su contrato conmigo por tres meses...

Era demasiado tiempo y estaba a punto de protestar cuando el Garh concluyó:

—... Con triple paga y un premio al final del trabajo, aunque éste quede concluido antes de noventa días. Sonreí y pregunté:

—¿Qué tengo que hacer?

* * *

Se lo conté al abuelo, quien lo escuchó todo sin decir palabra, fumando en silencio y sólo dirigiéndome una mirada de soslayo de vez en cuando.

—¿Qué te parece?

—Debieron haberte ofrecido más. Aunque aparentemente todo parece simple, lo que quieren de nosotros encierra un gran peligro.

—Supones que los korgianos estarán acechándonos, ¿no? —negué con la cabeza—. No lo creo. Ellos sólo están interesados en Eram y las pruebas que robaron y en estos momentos habrán hecho desaparecer. Seguro que se habrán largado de estos espacios, contentos por haber desbaratado el conato de coalición contra ellos.

—Tienes muchos espías, muchacho. Deben estar soltando dinero a manos llenas. Si no, ¿cómo sabían que una nave no oficial iba a traer a Lachman al Garh? ¿Por qué conocían que se cruzaría el vestíbulo del astropuerto para ir al recinto donde esperaban los otros enviados?

—Pero nosotros sólo tenemos que llevar a Diana a Walantrar y allí, ante el Consejo Galáctico, denunciar los delitos de Korgia. ¡No pueden sospechar que ella es la evidencia actual!

Abe aplastó el costoso cigarro en el cenicero de alabastro y miró distraídamente el jardín que circundaba la casa. Sobre la pista de tenis, Diana jugaba una partida con Fred. Más allá descubrí algunas parejas de guardianes, y sobre nuestras cabezas volaron dos aparatos a baja altura.

Estábamos bien custodiados, evidentemente. El abuelo dijo:

—Mejor habría sido que Diana fuera trasladada a Walantrar a bordo de un acorazado bien armado, flanqueando por una docena de naves de guerra de esos tres aliados.

—Sir Murphol asegura que tal manifestación de fuerza alertaría a los korgianos.

—¿Y atacarían de frente, sabiendo que eso provocaría la guerra de toda la galaxia contra ellos, sin necesidad de que Eram presente sus pruebas en el Consejo para conseguir el beneplácito de todos los mundos estelares?

Repetí lo que Eram me confió:

—Los korgianos echarían el resto en la operación. Ellos pueden disponer de cien naves bien armadas en pocas horas, ya que constantemente las tienen a todas por las rutas más comerciales dedicadas a la piratería, la rapiña y el saqueo. Un ataque fulminante podría acabar con veinte naves de los aliados en segundos, sin darles tiempo a denunciar la agresión.

Abe soltó un bufido, hundió la barbilla y asintió.

—Está bien —dijo—. Haremos ese trabajo, pero te advierto que aún quedan puntos oscuros, algo que me huele mal porque no sé lo que es. Esa chica está rodeada de cierto misterio. No fue sincera con nosotros. En cambio, cuando estuvo ante el poderoso representante de la Tierra, le dijo la verdad. ¿Entiendes?

—No.

—Pues yo tampoco —dijo en medio de un gruñido y se alejó caminando por el césped con sus grandes zancadas.

Me encogí de hombros y dirigí mis pasos hacia la pista. El set terminó y Diana, que había vencido a Fred, le estrechó la mano y agitó la que sostenía la raqueta al verme llegar. Fue un saludo de despedida, pues con una toalla alrededor de los hombros se alejó hacia la casa. Yo me quedé con la impresión de que me rehuía. ¿O acaso no quería contestar mis preguntas?

—Es una chica estupenda —comentó Fred, siguiéndola con la

mirada.

Estuve a punto de responderle que yo tenía ojos y el suficiente buen gusto para saber que era muy atractiva, mas callé y me limité a decir:

—Eram me ha dicho que podemos embarcar mañana.

—Demonios, estos cinco días han pasado velozmente —sonrió Fred con pesar—. Casi siento dejar este remanso de paz, pese a tener esos soldados vigilándonos siempre. ¿Está lista la nave?

—Eso me ha asegurado el Garh.

—¿Se quedarán en Lachman esos personajes?

—No. Partirán un día después que nosotros. Irán directamente a Walantrar. Como viajarán en un crucero de la Tierra, nos adelantarán y estarán esperando.

Empezamos a andar hacia la casa.

—He hecho unos cálculos y creo que apenas nos llevarán ocho días llegar a nuestro destino. ¿Crees que el Garh Eram buscará algún trabajo para nosotros y así consumir los tres meses pactados?

—Supongo y espero que nos lo regalará.

—Entonces habremos hecho un gran negocio —rió Fred.

—Sí, eso pienso —repliqué muy serio, notándome intranquilo.

CAPITULO V

No pude cambiar con Diana más de dos palabras seguidas en las siguientes horas. Siempre había alguien delante que me impedía intimar con ella o bien la chica buscaba una excusa, siempre muy lógica, para marcharse.

En el aeropuerto, el día de la partida, eché un vistazo a la nave desde lejos y de momento la encontré bastante brillante. El jefe de los talleres de la sección de reparaciones me aseguró que la encontraría mejor que nunca, y añadió para mi sonrojo que el Cuartax estaba necesitando desde hacía mucho tiempo la revisión que él y su cuadrilla había llevado a cabo.

El interior de la nave lo hallé inmaculado, oliendo a pintura y aceite nuevo. Era como volver a estrenarla, lo cual ocurrió hacía ya demasiados años. Creo que fue el abuelo el primero que la elevó de los astilleros para probarla antes de firmar los papeles de compra, hacía de tal suceso unos veinte años.

El puente de mando me turbó. Lo encontré bastante cambiado. Había dispositivos nuevos, paneles cambiados, sillones más cómodos y un sistema de navegación más moderno conectado con una computadora de más potencia. Mentalmente agradecí al Garh aquel regalo.

Las bodegas estaban repletas y disponíamos de alimentos para más de un año. Después de dar el visto bueno, Fred y yo lo dispusimos todo para la partida. Diana llegó a bordo de un vulgar vehículo, acompañada por mi abuelo.

La chica me saludó escuetamente y se encerró en su camarote antes de que yo pudiera decirle nada más. El abuelo pasó por mi lado encogiéndose de hombros, como diciendo que él no era responsable de nada y allá yo con mis problemas sentimentales.

Porque yo me había enamorado de Diana perdidamente, como un adolescente, y al parecer era evidente para todos lo que me ocurría.

Antes de partir descubrí una poderosa nave de guerra de la Tierra, seguramente la que conduciría al trío de representantes a Walantrar, lo que me hizo pensar si habrían otras de Olifhir y la Colaboración Estelar cerca de Lachman, hecho que me habría

reconfortado, sabiendo que estábamos protegidos. Seguía pensando que habría hecho el viaje más tranquilo escoltado por una docena de navios bien armados.

Los dos días siguientes los pasé casi sin salir del puente, familiarizándome con la nueva distribución de los paneles de mando. Hacían veinte horas que viajábamos por el hiperespacio y todo marchaba como una seda cuando dejé mi sillón a Fred y me encaminé a mi camarote.

Entré a oscuras y al encender las luces encontré ocupada mi litera. Con el embozo hasta la barbilla, Diana me miraba desde allí fijamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté confuso.

—Es hora de que hablemos.

—Vaya, no podía imaginarme que pudieras darte cuenta que quería tener una conversación contigo —sonreí cerrando la puerta.

Ella me sorprendió con su gesto al echar hacia abajo la sábana y mostrar su cuerpo desnudo.

—Sé sincero y dime que más bien querías tenerme a mí, no mis respuestas.

Noté que mi sangre hervía y mi garganta se secó súbitamente. Un cosquilleo se extendió por la punta de mis dedos. Me obligué a mantenerme calmado y pregunté:

—¿A qué viene esto?

Diana me alargó una mano, como invitándome a ir.

—Lo siento, Bruce, pero no podía arriesgarme a estar contigo.

—¿Por qué? —pregunté. Di un paso y me incliné sobre ella.

—Había prometido al Garh que hasta que no estuviéramos en el espacio no te revelaría la verdad.

—¿Pero es que hay más?

—Pequeños detalles —me susurró insinuante. Yo empecé a perder la visión de las grises paredes del camarote y sólo veía su cara, sus labios y su cuerpo.

—¿Cuáles?

—Luego, ahora ven —me tendió los brazos, noté que sus dedos acariciaban mi nuca y con fuerza me obligaba a echarme sobre ella.

Lógicamente no opuse resistencia y pronto la tuve entre mis brazos. Me olvidé de todo, de las explicaciones y de que en cinco días debíamos estar en Walantrar, de los malditos korgianos, de

Eram, Murphol y Allenger.

Sólo pensé en Diana y pronto me convencí que ella tenía puestos sus sentidos en mí, en mis caricias y en el placer cada vez más intensos que iban despertando mis movimientos por instantes más frenéticos.

* * *

Desperté y aguardé unos segundos para acostumbrarme a la penumbra. Sabía que Diana seguía conmigo porque su cabeza descansaba sobre mi pecho. Me moví con lentitud y la besé en la frente. Luego esperé a que despertara.

Pero me vi obligado a hacerlo bruscamente cuando la alarma procedente del puente llenó toda la nave con sus estridentes notas. Salté de la cama y busqué mis ropas. Detrás mío, Diana preguntaba qué pasaba.

—No lo sé. Fred o quien esté en el puente me reclama con urgencia.

De soslayo la vi incorporarse, alisarse los largos cabellos y enfundarse el vestido. Yo ajustaba mi cinturón y le dije:

—Quédate aquí o espera en tu camarote.

—Nada de eso: voy contigo.

No podía perder el tiempo preguntándole qué demonios iba a hacer en el puente. Salí al pasillo y corrí como un poseído, mientras la alarma seguía martilleando mis oídos.

Penetré como una exhalación en el puente. Allí estaban Abe y Fred. Ambos se volvieron al verme y el segundo dijo, mientras yo observaba la palidez de su rostro.

—Son naves de Korgia, Bruce.

Miré las estrellas de la pantalla. Navegábanos por el espacio normal, lo cual no me extramó porque cada cinco años luz debíamos dejar de viajar a velocidad superlumínica y permitir que el computador se orientase por los astros, corrigiese la ruta o corroborase la que llevaba.

—¿Cuánto tiempo llevamos fuera del hiperespacio? —pregunté.

—Cinco minutos. Las naves aparecieron hace dos.

Apreté los labios. Por lo tanto, aún debíamos estar en aquella incómoda posición al menos veinte minutos, y con naves hostiles cerca no podíamos realizar ninguna lenta maniobra para recobrar la velocidad necesaria y superar la de la luz.

Fred explicó que las naves korgianas eran tres, de gran tonelaje y las teníamos a unos diez mil kilómetros de distancia, formando un frente, ante nuestras narices, bastante amplio.

—¿Este es el plan perfecto de Eram para llevar a Diana sana y salva a Walantrar? —escupió el viejo—. ¡Vaya estúpido! Posee una tonelada de idiotez por cada gramo de su pesado cuerpo. Nieto, esos tipos de ahí no se andarán con remilgos ahora, sino que nos dispararán en seguida.

—¿Por qué crees que no se trata de otro intento de intercambio comercial como el anterior? —pregunté guturalmente.

—Están tomando posición de combate; saben que estamos indefensos y sin posibilidad de maniobrar para escapar por el hiperespacio. Podrán aniquilarnos veinte veces seguida.

—Deberías comunicarte con ellos y decirles que somos terrestres.

—Sería perder el tiempo. Muchacho: ¡Saben quiénes somos y cuál es nuestra carga: Diana, la nueva prueba de Eram, Allenger y Murphol!

—¡Aún no estamos vencidos! —gritó Diana, irrumpiendo en el puente.

—¿No? —rió Abe con sorna—. Pues dinos qué harías tú, preciosa.

Por toda respuesta, ella empujó al abuelo y ocupó su sillón. Todos la miramos estupefactos. Diana, plantada ante el panel de reserva, manipuló en unos mandos y una sección del tablero se deslizó, mostrando una sección repleta de botones. Yo parpadeé. ¿Qué era aquello?

Sólo tardé un segundo en reconocer un módulo de disparo de una doble batería de proyectores láseres. ¿Qué hacia en mi nave semejante cosa?

Diana ejecutó unos movimientos veloces y en las en trañas de la nave se produjeron chasquidos. Una repro ducción luminosa del Cuartax mostró cuatro puntos ro jos, indicando la situación en el fuselaje de las baterías que ahora disponía mi nave.

—¿En artillar al Cuartax ha usado el Garh esos cin co días? —

pregunté.

—Sí —replicó Diana—. Yo no lo sabía. Bueno, me enteré el día antes de la partida. Eram me lo dijo. Lo había hecho como medida de precaución porque ya no se fía ni de su sombra.

—¿Tú sabes usar esto?

Ella se volvió para sonreírme, infundiéndome seguridad.

—De los tres personajes de la alianza, sólo el Garh lo sabe —dijo en voz baja, como si estuviera expresan do con palabras sus pensamientos—. Roguemos para que los korgianos lo ignoren. Les daremos una sorpresa. Se acercarán confiados para asegurarse no fallar la andanada con la que confían enviarnos al infierno. Bruce...

—¿Sí?

—Puedes maniobrar con la nave a un décimo de luz, ¿no? Entonces, apenas efectúe el primer disparo, inicia un arco hacia babor.

Asentí. Mientras, las naves enemigas se acercaban. Ahora apenas estaban a cinco mil kilómetros y comenzaban a agruparse, seguras de que no podíamos escapar ni, por supuesto, defendernos. Iban a tener una sorpresa. Al menos nos llevaríamos por delante una de ellas. Lo que pasara después...

Di algunas instrucciones a Fred y requerí la ayuda del abuelo, quien a nuestras espaldas asistía a todo aquello con una expresión de auténtica incredulidad, como yo nunca había captado en su rostro. En cierto modo me sentí feliz porque podía afirmar que el gran Abe Slater había sufrido una gran sorpresa en su vida, vivir un momento que él no podía controlar o su experiencia servirle para presenciarlo todo con una sonrisa escéptica.

Contemplé el perfil de Diana, su cara serena y la mirada fija en los indicadores de orientación. Ayudada por el computador, esperaba el momento para hundir los botones. De pronto, súbitamente, actuó.

Del Cuartax partieron ocho haces de luz blanca y vivida. En una fracción de segundo cruzaron el espacio y estallaron en la nave de la derecha. Brilló una bola con la misma potencia que un astro, escupió millones de corpúsculos y luego el espacio recobró su negrura. De la nave enemiga no quedaba nada.

Yo estaba ya maniobrando y velozmente nos alejábamos de la dirección elegida por el enemigo. Les tomamos cierta delantera, nos anticipamos a su acción y cuando navegábamos a su altura hice que

nuestra proa les mirase y las ocho negras bocas de nuestros láseres hicieron lo mismo.

—¡Magnífico! —gritó Diana a la vez que volvía a disparar nuestras armas.

Me asustó su entusiasmo. La chica parecía disfrutar más disparando y destrozando poderosas naves de guerra que conmigo en la cama. No pude remediar sentirme un poco cohibido, demonios.

Las mejillas de Diana se distendieron en una amplia sonrisa cuando la segunda nave korgiana siguió la misma suerte que la anterior. Palmoteo y lanzó unos grititos de júbilo. Fred la acompañó en tales expansiones de alegría y Abe soltó un gruñido, como si todo aquello le molestase.

—Vamos, cálmate —dije—. Aún nos queda una.

La nave de Korgia superviviente aceleró y por un momento pensé que se retiraba, impulsándose hacia el hiperespacio. Pero nos la jugaron. El piloto korgiano debía estar escarmentado y su maniobra le permitió situarse detrás de nosotros.

Comprendí lo delicada de nuestra situación, y ya estaba dándole más velocidad al Cuartax cuando nos dispararon. Afortunadamente, nuestra constante aceleración nos sirvió para eludir el estallido nuclear. La bola de fuego atómico reventó a menos de cien kilómetros del casco. Por unos segundos estuvimos recibiendo una lluvia con suficiente capacidad desintegradora.

En el puente sonaron los avisos. La nave había sufrido daños de consideración.

Fred se apresuró a poner en funcionamiento el equipo de reparación. Una docena de robots salieron al exterior y rociaron la cubierta con metal líquido. Perdimos a varios. Vi a dos o tres perderse por el espacio. Más tarde, al contarlos, sabría que sólo volvieron siete. Pero conseguimos conjurar los daños y de nuevo estaba yo disponiendo el Cuartax en posición idónea para que Diana hiciera gala de su sorprendente pericia en el combate.

Mentalmente rogué que ella fuera capaz de asombrarnos por tercera vez, evidenciando que era muy hábil sabiendo utilizar el ordenador para activar con eficacia los proyectores láseres.

Pero la última nave enemiga era escurridiza y no permitía que yo me la quitase de nuestras espaldas. Cada dos minutos nos enviaba una mortal bola de fuego que apenas conseguía eludir.

—Por los dioses, Bruce, sitúa esa maldita máquina de Korgia en mi punto de mira —me suplicó Diana.

—¿Qué crees que intento?

—Si no te esmeras, el próximo disparo nos alcanzará de lleno.

Abe carraspeó y dijo con su calma característica:

—Si pretendéis abatir la tercera nave, adelante; pero si preferís salvar el pellejo, os recuerdo que estamos en situación de largamos por el hiperespacio y dejar a los korgianos con un palmo de narices.

—¡Es cierto! —exclamé—. Ha sido rebasado el tiempo prudencial.

Soportamos otra descarga enemiga y activé el dispositivo. Dejé la nave a cargo del computador y me dediqué a respirar entrecortadamente durante los segundos que, de forma lenta y exaperante transcurrieron, hasta que de pronto el espacio a nuestro alrededor brilló, danzaron las estrellas y las pantallas se tornaron blancas.

Dejamos pasar un buen rato sin hablar. Yo rompí el silencio y dije:

—Aún tenemos que salir tres veces más al espacio normal antes de alcanzar Walantrar. ¿Acaso en cada parada estarán esperándonos los korgianos?

—¿Qué quieres insinuar? —preguntó Abe, culminando el robo de uno de mis cigarros.

—Esos perros de Korgia nos estaban esperando, como si supieran cuál iba a ser el punto exacto en el espacio donde apareceríamos.

Diana me miró y una vez más su inexcrutable expresión me dejó aturdido. ¿Dónde estaba la muchacha que poco antes había gemido de placer bajo mi cuerpo, entre mis brazos? La veía ahora distante, calculadora, como si fuera otra muy distinta.

—Podemos burlarlos —dijo Diana—. Alteraremos los saltos, todos.

El abuelo negó con la cabeza, muy a pesar suyo.

—El penúltimo no podrá ser alterado. Si lo hiciéramos saldríamos en un punto muy alejado de Walantrar. Tenemos que arriesgarnos. Sólo podemos cambiar los restantes.

—Dudo que intenten algo contra nosotros tan cerca de nuestro punto de destino —sonrió Fred.

—Confiemos que así será —dije, muy lejos de sentirme seguro.

*   *   *

—¿Quién eres realmente, Diana? —le pregunté de improviso.

Ella alzó la mirada de la bandeja con la comida y sus intensos ojos se posaron en mí.

—Soy tu esclava —sonrió al cabo de un momento.

—No gastes bromas; te lo pregunto muy en serio.

—Y yo soy consciente de la respuesta que te he dado, cariño. El Garh Eram de Olifhir desea que hasta Walantrar yo sea tu esclava. Así el Consejo comprobará que los korgianos infringen los protocolos y convierten en esclavos a ciudadanos de la Tierra.

—¿Qué hacías en Krandilah? Es un mundo incivilizado.

Diana me miró con pesar durante un breve instante, como si quisiera decirme algo que le era prohibido de forma tajante.

—¿No puedes esperar un poco más?

—Me importa un comino quien hayas sido. Lo único que me interesa es que me quieras y estés siempre conmigo; tu pasado no cuenta. ¿Está claro?

—Te entiendo. Y debo insistir en que seas paciente. Oh, Bruce, dentro de dos días estaremos en Walantrar. Mañana daremos el último salto.

Le tomé las manos y dije preocupado:

—Hemos eludido los saltos anteriores, modificándolos. Dentro de unos minutos realizaremos la penúltima escala. Ojalá no ocurra nada desagradable. Abe quiere aprovechar estos minutos de permanencia en el espacio normal para establecer contacto con el Garh Eram; quiere ponerle al corriente del ataque que sufrimos.

—¿Estará Sir Murphol con Eram?

—No lo sé, supongo que sí.

Ella se levantó, después de besarle levemente. Antes de salir dijo:

—Que Abe procure hablar a los tres.

—¿Quieres decir que también esté Allenger de Colaboración Estelar?

—Exactamente.

Me dejó preocupado y durante un buen rato estuve sumido en mis pensamientos. Al cabo, acudí al puente, apenas recibí el aviso de mi abuelo comunicándome que el contacto con el Garh Eram había sido establecido.

El olifhiriano nos mostraba su imagen cuando entré en el puente. La recepción no era muy nítida, pero el sonido resultaba claro. Por un momento, Eram expresó su inquietud y sorpresa. Dijo:

—Creo recordar que habíamos establecido un silencio mutuo, a no ser que las circunstancias aconsejaran el contacto. ¿Acaso sucede algo?

Yo ocupé el lugar preferente para que el Garh pudiera verme.

—Hace tres saltos fuimos atacados por naves korgianas, Garh Eram —dije—. Conseguimos destruir dos y escapar de la tercera. Debido a eso alteramos las salidas al espacio normal. Sólo nos queda una que obviamente no podemos modificar.

Cambiamos impresiones, hablando rápidamente. Nos quedaban pocos minutos de permanencia antes de saltar de nuevo al hiperespacio y era mucho lo que queríamos comentar. Por momentos, el Garh aparecía más preocupado.

—Estoy a punto de llegar a Walantrar —dijo Eram—. Apenas descienda, ordenaré al almirante terrestre y al de Olifhir que partan para vigilar la zona donde realizarán el último salto.

Moví la cabeza negativamente.

—No llegarán a tiempo, señor. Nosotros pensamos que el enemigo no se atreverá a molestarnos tan cerca de Walantrar.

—Ojalá no se equivoque, capitán Slate.

De pronto recordé algo.

—Garh, ¿dónde están Sir Murphol y Allenger?

—Al final cambiamos los planes y cada uno partió hacia Walantrar en naves distintas.

—Creí que usted no disponía de medios…

Eram emitió su desconcertante risa.

—Amigo Slate, un crucero de Olifhir siguió constantemente el rastro del Cuartax. ¿Por qué esa sombra de preocupación ahora en su rostro?

Torcí el gesto. No quería que nadie se diera cuenta de mi estado de ánimo.

—¿Cree que Allenger y Murphol están ya en el Consejo?

—¿Cómo puedo saberlo? los tres llegaremos más o menos al mismo tiempo. Ha sido una suerte que ustedes hayan podido comunicarse conmigo, al tener su nave y la mía los mismo tiempos de transición. Lo siento, pero me comunican que vamos a entrar en

el hiperespacio.

—Nosotros también señor. Confío que nos veremos en Walantrar.

La imagen del olifhiriano se disipó y la pantalla se llenó de luces. Abe se apresuró a desconectarla. Gruñó mientras ocupaba un asiento libre:

—Tampoco podemos demorarnos. Sólo nos quedan cincuenta segundos para salir de aquí. ¿Algún problema?

—No, adelante —dije distante, con voz ronca.

CAPITULO VI

Poco antes de efectuar el último salto, yo estaba seguro de que teníamos que enfrentarnos a un enemigo oculto en las sombras, con apariencia muy distinta a la de los korgianos.

Diana no había rehuido mi compañía, pero sí el tema de conversación referente a su vida. Yo insistí una vez y ella repitió que pronto, cuando estuviésemos en Walantrar, mi curiosidad quedaría satisfecha.

—Estoy tranquilo —dijo Abe—; pero me gustaría que algunas naves de guerra amigas nos estuvieran custodiando la zona donde vamos a salir.

En aquel momento se produjo el cambio y las pantallas se encendieron automáticamente. Quedamos rodeados por los astros, y el Cuartax aún no había perdido el tercio de impulsión lumínica cuando descubrimos lo que nos estaba esperando.

—¿Qué demonios es eso? —bramó el viejo, mordiendo el cigarro, por cierto el último de mi reserva, que poco antes había confiscado.

Fred quedó paralizado en su sillón y Diana, a mis espaldas, me apretó el brazo derecho. Sentí sus uñas clavarse en mi piel, y sin embargo no protesté. En realidad no sentí nada. Sólo tenía ojos para la increíble imagen que estaba a punto de engullirnos.

Porque en realidad eso era lo que iban a hacer con nosotros: engullirnos. Era una colosal estructura de metal la que rápidamente cubría todo nuestro campo de visión. El Cuartax seguía decelerando, lo que permitió que la escena no fuese tan rápida. Pudimos ver cómo una parte de la masa ominosa se abría, una gigantesca boca por la que nuestra nave iba a precipitarse, sin posibilidad alguna de poderlo impedir nosotros.

El abismo oscuro estaba a punto de rodearnos cuando el abuelo, trémulamente dijo:

—Es la nave de guerra korgiana, conocida por la Salamandra, su más terrorífica arma. Pocas veces se aleja de sus mundos.

—Esta vez sabían perfectamente dónde situarse para no fallar —dije. Tomé a Diana por los hombros y la apreté contra mi cuerpo.

Y en aquel instante la oscuridad nos rodeaba, nuestra nave

parecía inmovilizarse y segundos después, nuestro alrededor fue inundado de una vivida luz, potente, que nos cegó a través de las pantallas.

Añadí a mi anterior comentario:

—El traidor que advirtió a los korgiano de nuestra llegada a Lachman y de la situación exacta de los anteriores saltos, también advirtió a nuestros enemigos del lugar donde efectuaríamos el último. Esta vez no se han arriesgado enviando unos cruceros, sino su unidad de combate de élite, lo mejor de su flota.

—¿Hablas de un traidor? —exclamó el viejo.

—Desde luego. Sólo el Garh de Eram está fuera de toda sospecha.

—¿Acusa a sir Murphol?

—O a Allenger, no lo olvides. Uno de los dos es el traidor.

—¡Imposible! —exclamó Fred—. Son personajes fuera de toda sospecha. Alleger odia a Korgia y sir Murphol es muy conocido en la galaxia por su interés en romper los pactos con ese mundo de piratas.

—¡Claro que Murphol no puede ser el traidor, y mucho menos después de haberme visto en Lachman! —dijo Diana.

La hice girar y la obligué a que me mirase a los ojos.

—¿Por qué después de haberte conocido?

—Yo soy la hija del Legislador de la Tierra —susurró Diana—. Cuando vi que Murphol estaba allí, me identifiqué. Al principio se negó a que yo fuera la prueba que precisaban porque no quería ponerme en peligro; pero insistí porque los korgianos me vejaron y maltrataron tras capturarme en Krandilah, en donde estaba realizando una investigación, en total incógnito: quería vengarme de ellos, que nunca más volvieran a esclavizar a nadie.

—¡Y qué prueba tan irrefutable! —silbé—. La hija del Legislador de la Tierra...

Callé de pronto y la solté. Comprendí que Diana estaba muy lejos de mí. Ella me contempló con una mirada intensa, como diciéndome que yo aún no la comprendía y hacía mal dudando de su amor por mí.

—¡Por el infierno que éste no es el momento más adecuado para carantoñas! —gritó el viejo—. Quien sea realmente Diana no va a ayudarnos. ¡Mirad eso!

Observamos las pantallas. Nuestra nave se deslizaba pausadamente por una amplia y brillante rampa. Al fondo vimos dos

naves. No eran korgianas.

—Una de ellas es un crucero de guerra de la Tierra —dijo el viejo, frunciendo el ceño y tratando de recordar—. Diría que puede ser la que debía trasladar a sir Murphol a Walantrar. La otra… apostaría que es de la Colaboración Estelar, la de Allenger.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Fred.

—¿No lo adivinas? —pregunté—. Ambas fueron capturadas como la nuestra. No olvides que todos teníamos que pasar por esta zona como última parada antes de saltar a Walantrar.

—No veo la nave del Garh Eram —dijo Fred—. Ha debido pasar ya por aquí… o aún no ha llegado.

—O Eram es el traidor —mascullé. Un montón de detalles atolondraron mi mente. A Eram le confirmamos que usaríamos aquel lugar como último salto, y le contamos el fracaso de los korgianos cuando nos atacaron.

¿Acaso la intervención de la nave de Korgia cerca de Lachman no fue sino una pantomima? ¿Sabía el Garh quién era en realidad Diana? Quise creer que ninguno de los tres representantes de los grupos estelares más poderosos de la galaxia no podía ser quien yo temía que fuera, pero…

El Cuartax se había detenido totalmente, entre las dos naves ancladas al final del enorme túnel. Enfrente había un pasillo elevado. Allí estaba el comité de recepción, una docena de soldados korgianos fuertemente armados.

—Es inútil resistirse —dijo el viejo, levantándose del sillón y lanzando un prolongado suspiro.

—No pienso entregarme sin luchar —dije mientras me dirigía al armario donde guardaba las armas.

La mano todavía fuerte del viejo me agarró por un hombro.

—No seas estúpido, nieto. Tienen mil formas de someternos. Por el momento no parecen desear nuestra muerte; pero si les provocamos pueden olvidar… digamos ciertas instrucciones que tienen y liquidarnos. Mostrándonos sumisos ganaremos tiempo y ¿quién sabe? Mientras hay vida…

Me pregunté cuánta podía quedarnos en manos de los korgianos y de lo que no cabía duda alguna era que ellos ya sabían que Diana resultaba una presa importante en sus manos, un medio de anular las decisiones de la Tierra.

El abuelo nos empujó hasta la esclusa de salida. Al llegar a ella me volví y me asusté al no verle. Iba a regresar cuando Abe apareció por el pasillo, ajustándose una casaca limpia. Moví la cabeza. Nunca comprendería al viejo.

Saltamos al muelle y media docena de armas nos encañonaron. Un korgiano con los entorchados de general o almirante se adelantó y dijo con su asquerosa sonrisa:

—Bien venidos al Salamandra, caballeros —miró a Diana y por su expresión triunfal comprendí que aquel mono gris ya sabía quién era verdaderamente—. Dama Diana Morton, mis saludos.

Ella, con las manos apoyadas en la cintura, lo miró de arriba abajo con altanería.

—Cuando sus piratas me capturaron en Krandilah oculté mi identidad, pero ahora le advierto, puesto que usted lo sabe, que si no nos libera su actitud provocará grandes males.

—¿He de recordarle que usted aún está sometida a la categoría ínfima de los esclavos? —me miró—. El señor Slate nos devolverá el documento de su condición, Dama Morton. Así todo será legal. Incluso pagaremos por la transacción un crédito simbólico.

Coronó sus palabras con una carcajada. Yo habría saltado contra aquel tipo y pateado hasta dejarlo convertido en pulpa. La presencia de las armas, que no cesaban de vigilamos, me hizo abandonar tan peregrina idea.

El jefe korgiano dijo llamarse Shisterlan y era un almirante. Parecía muy contento y con sus cortas y gruesas piernas se acercó hasta la nave terrestre. Dijo señalándola con su mano derecha:

—Fue la primera que cayó en nuestras manos. Sus tripulantes no quisieron rendirse y opusieron una estúpida resistencia. Los que quedaron vivos están ahí.

Se volvió y nos señaló un recinto situado al fondo del muelle. Allí habían unos treinta hombres. Agucé la mirada y entre ellos no encontré a Murphol.

—¿Dónde están los tripulantes del navio de la Colaboración Estelar? —pregunté.

—Ah, ésos fueron más prudentes y comprendieron que no podían hacer nada. Entregaron sus armas y los tenemos en otro lugar, a buen recaudo.

—Están todos ustedes locos, almirante Shisterlan —intervino mi

abuelo—. Toda la galaxia se unirá contra sus mundos. Ni siquiera será necesario que Diana testifique ante el Consejo. Hasta el último estado estelar les declarará la guerra, y ni cien unidades de combate como el Salamandra podrán impedir que sean aniquilados.

—¿Y quién dirá a la galaxia que nosotros hemos capturado estas naves?

Mi abuelo palideció. Creo que yo me sentí muy mal, porque comprendí que la pregunta del almirante quería decir que ninguno de nosotros saldríamos con vida de allí. Korgia seguiría por muchos años efectuando sus rapiñas, armándose y convirtiendo sus ejércitos y flotas en las más poderosas de la galaxia, hasta que algún día se atreviese a declarar la guerra a todos.

El almirante, como si estuviera súbitamente cansado de tanta charla, indicó a sus soldados que nos sacasen de allí. Rodeados por éstos, fuimos empujados a un túnel que se abría al fondo del muelle., pasamos cerca de la prisión de los supervivientes del crucero terrestre. Los soldados, hombres y mujeres allí encerrados, nos miraron desde el otro lado del muro de energía. Todos sabían que les quedaban pocos instantes de vida. En cualquier momento aquel loco de Shisterlan podía ordenar su ejecución… y la nuestra también.

Nos condujeron a los largo del túnel hasta una celda. Apenas la puerta de acero se cerró, el abuelo empezó a tantear las paredes. Había unos asientos y Diana se acomodó, sentándome yo a su lado.

—Esta celda es sólida, condenación —dijo Abe.

Fred parecía molesto.

—No nos han registrado. Si lo hubiera sabido me habría cargado de armas.

—No seas crédulo —dije—. Hemos pasado por varios sistemas de detección. Los korgianos saben que no tenemos encima ni un trozo de metal.

—Excepto mi cinturón —sonrió el viejo. Se abrió el jubón y nos mostró el suyo, de reluciente hebilla. Tiró de él y se lo quitó.

—¿Qué haces? —pregunté.

—No temas que puedan vernos. Los korgianos son fatuos y menosprecian la inteligencia humana. Están tan seguros que no haremos nada que prescinden de vigilarnos. En esta celda no hay visores.

Observé a mi abuelo. Abe abrió la hebilla y sujetó en los extremos

de la uve una larga tira elástica. Parpadeé ante la presencia de aquel viejo juguete.

—No te rías, nieto —dijo mirándome—. Esto puede ser un arma mortal. Depende de la munición...

Se sentó y sacó varias y diminutas bolas, que hasta entonces yo había creído eran adornos en sus botas.

—Cada canica contiene un pequeño explosivo —explicó, guardando el arma en un bolsillo y tomando asiento—. Ahora sólo tenemos que esperar el momento adecuado. Por desgracia éste no está en mis manos.

Diana se apretó contra mí y le pasé el brazo por los hombros.

—¿Te pusiste ese cinturón antes de salir de la nave? —pregunté.

—Entre otras cosas sí —sonrió el viejo, cerró los ojos y pareció sumirse en un tranquilo sueño.

Pero yo sabía que no dormía, tal vez pensaba. Deseé que obtuviera buenos resultados.

—Ha sido el Garh Eram. —escuché decir a Fred.

—¿Tú crees?

—Sin duda. Es la nave del olifhiriano la que falta. ¡Es el traidor!

No sabía qué decir, ni estaba tampoco conforme con la conclusión de Fred, más no le llevé la contraria porque me sentía incapaz de iniciar una discusión. Yo sólo conocía el interés del Garh por desenmascarar a los korgianos.

Estábamos agotados y dormimos un poco. Cuando despertamos encontramos en el suelo, ante la puerta, unos recipientes con comida. Los olimos y decidimos comer pese a su poco agradable aroma. Si los korgianos querían liquidarnos no tenían que molestarse envenenándonos. Simplemente, el paladar de nuestros carceleros dejaba mucho que desear.

Las horas fueron pasando lentamente, llenas de agobio y malos presagios. Cuando la puerta se abrió, todos nos levantamos de un salto. Primero entraron dos soldados que nos cubrieron con sus armas, luego el almirante Shisterlan y un personaje tocado por una amplia gorra y el rostro cubierto por una máscara.

—Les traigo noticias, señores —dijo el almirante, sin poder ocultar su entusiasmo—. El Consejo reunido en Walantrar se ha impacientado y está a punto de disolverse. La petición de Olifhir, la Tierra y Colaboración Estelar ha sido desestimada, como es lógico.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ninguna de las tres naves anunciadas ha llegado a Walantrar. Se han dado por perdidas —sonrió Shisterlan—. Muchos representantes están furiosos, y otros creen que los estados de la galaxia volverán a aislarse. ¿Debo añadir que esta situación será ideal para nuestra expansión y la futura gloria de Korgia?

—Buscarán las naves perdidas... dos al menos —dije—. La del traidor, en cambio...

—No buscarán nada. Nadie sabía la ruta que toma ron las naves, incluida la suya, capitán Slate. Por cierto, también debo decirles que pronto acabarán sus problemas. Cuando recibamos ciertos informes nos marcharemos de aquí.

—¿Aún estamos en el mismo lugar?

—Sí. Y cuando vayamos a emprender el regreso a la patria, ustedes serán ejecutados —sentenció calmosa mente el korgiano.

A sus espaldas sonó una risa tras la máscara. Aquel personaje agitó su amplia túnica y tocó el hombro del almirante. Parecía tener prisa por marcharse.

Pero en realidad le quería señalar otra cosa. Cuando lo comprendí no pude contenerme y salté. Fue al ver que un soldado se adelantaba para agarrar de un brazo a Diana, la quiso sacar de la celda y aquello fue demasiado para mí.

Conseguí golpear al soldado en su grotesca cara, pe ro en seguida el otro me asestó un culatazo que me derribó. Aún no había caído al suelo cuando el korgia no que agredí me devolvió con creces mi golpe.

Me incorporé ayudado por Fred y Abe, en el instante en que la puerta se cerraba sonoramente. Y Diana ya no estaba en la celda.

—¿Por qué no hiciste algo? —grité a mi abuelo.

—No era el momento. Había más soldados en el pasillo y nos habrían desintegrado antes de tiempo —me contestó tranquilamente.

Me acaricié el costado, temiendo que alguna costilla estuviera rota. Aquel bruto me había golpeado con verdadera saña.

—Cálmate, muchacho —susurró el viejo—. Si se han llevado a Diana significa que no la harán daño alguno. En caso contrario la habrían dejado aquí, con los condenados a muerte.

Pese al oscuro futuro que el abuelo había expuesto, sus palabras me aliviaron. Por el momento no harían daño a Diana, mas al mismo

tiempo era evidente que nos quedaban pocas horas de vida.

—Ese tipo enmascarado… —dije ahogando un quejido— ¿no lo habéis identificado?

—No. Puede ser cualquiera —observó Fred.

—Pero, sin duda, es quien colabora con Korgia.

—¿Un humano ayudando a esos cerdos?

—Oh, los he visto cohabitar con seres peores que los korgianos. Entre los humanos tenemos donde escoger para hacer un extenso catálogo de maldades. Y aún nos quedarían ejemplares para un apéndice. Por riquezas y algo de poder serían capaces, muchos, de vender su propio mundo.

Miré a Abe.

—Abuelo, no podemos perder más tiempo.

—Descuida. No desperdiciaremos la siguiente ocasión.

Y sacó del bolsillo su primitiva arma.

CAPITULO VII

Escuchamos el chasquido del cierre y los tres nos pusimos en tensión. Abe extendió el tirador, alojando en el extremo una canica. Me pregunté si sería capaz de perforar la liviana armadura de un soldado korgiano.

No podíamos saber si era la hora de la comida o llegaban a buscarnos para ejecutamos, sin más.

Primero apareció la figura repulsiva de un soldado, luego vimos la sombra de otro. Parecían confiados. Llevaban las armas bajas, como si estuvieran seguros que nosotros, despreciados humanos, nos íbamos a limitar a someternos a sus desmanes, a ser conducidos a la muerte tiritando de miedo.

El abuelo echó atrás el brazo y soltó la canica. El aire fue cruzado por un agudo silbido y algo chocó contra la armadura del soldado. Por un segundo avisté un agujero a la altura del corazón, se le doblaron las piernas y el arma empezó a resbalar de sus regordetes dedos. Yo corrí a asirla y la agarré antes que cayera al suelo.

El otro soldado del pasillo, sobrecargado por el asombro, puso un pie en la celda. Antes que hiciera lo mismo con el otro, le disparé, me puse en pie y aparté lo poco que quedó de él para ganar el pasillo.

Allí me encontré con dos soldados más y una tercera persona que vestía ropas humanas y tenía las manos atadas.

Me quedé un poco aturdido, los soldados reaccionaron y como en una escena lenta vi que el negro agujero de un cañón se alzaba ante mi cara. Esperé el disparo en cualquier fracción del siguiente segundo. Algo muy rápido pasó delante de mis narices: una canica que hundió un ojo del soldado, arrancándole un aullido de dolor. El otro, su compañero, lo volaticé al dispararle una bola de fuego.

Me quedé mirando al humano maniatado.

—Sir Murphol —susurré.

El terrestre me pidió que le desatase, lo que hice reduciendo el láser a mínima potencia y derritiendo las cadenas de sus esposas.

—Me sacaron de mi celda —explicó Murphol—, diciendo que iban a ejecutarme junto con otros prisioneros.

Nos repartimos las armas. Cada uno teníamos un láser y bastantes cargas. De todas formas, el abuelo no se desprendió de su tosco lanzador de canicas. Tal vez pensaba guardarlo como una reliquia si conseguíamos salir de allí con vida.

—Si han pensado arrojarme al espacio —dijo el abuelo—, es que están a punto de partir. No perdamos más tiempo e intentemos escapar de esta monstruosa nave.

—No podemos marcharnos solos —dijo el terrestre.

—¿Qué quiere decir?

—Mi crucero fue capturado el primero, pero mientras me llevaban a una celda, después que intentamos resistirnos, arribó la nave de Allenger. Estamos obligados a intentar salvarle; aún podemos convencer al Consejo.

—Para eso necesitamos a Diana —dije—. Sin ella no pienso marcharme.

—¿Cómo vamos a orientarnos en medio de este monstruo? —se lamentó Fred, mirando con aprensión una encrucijada de pasillos, vacíos y fuertemente iluminados.

Sir Murphol sonrió.

—Hace tiempo conseguimos apoderarnos de los planos de la nave Salamandra y los estudié a fondo. Podría ir por los pasillos a ciegas. Hay otras celdas cerca. Slate y yo podemos recorrerlas, mientras Abe y Fred intentan alcanzar el hangar donde están las naves capturadas. Yo les diré como llegar hasta allí.

—Liberaremos a los supervivientes de su tripulación —aseguró el abuelo—. ¿Qué nave elegimos?

—Mi crucero, lógicamente. Nos abriremos paso disparando.

—¿Dispone su crucero de suficiente potencia para destrozar la esclusa?

Murphol se encogió de hombros.

—Eso espero. No soy soldado, sino político interesado en estrategia militar.

—Está bien —asintió el abuelo—. De todas formas intentaré sacar de aquí el Cuartax. Si liberamos a los tripulantes de las dos naves dispondremos de suficientes manos.

—Abuelo, no hagas tonterías —le aconsejé. Conocía al viejo y sus temeridades.

Nos separamos. Seguí los pasos de Murphol por diversos pasillos.

Aquel tipo se movía con agilidad. Aunque había superado con creces la media edad, su comportamiento era el de un joven animoso.

—¿Dónde están esas celdas?

—Cerca —me respondió al tiempo que se detenía cerca de una esquina y atisbaba cautamente.

—Tengo ganas de echarle el guante al Garh Eram.

—Yo también sospecho de él, muchacho; nos engañó a todos.

—Sin embargo en su comportamiento existen cosas que no concuerdan.

—Dejemos las especulaciones ahora. Mira ahí. Creo que esas dos celdas son las que nos interesan.

Por el pasillo avanzaban dos soldados enemigos, con sus largas armas colgadas al hombro. Ajusté de nuevo al mínimo la potencia de mi láser, y con un gesto dije a Murphol que hiciera lo mismo. Aunque los disparos no serían tan eficaces, si apuntábamos bien podríamos deshacernos de los korgianos sin hacer el menor ruido.

Esperamos a que los soldados diesen media vuelta y luego les disparamos por la espalda, sin el menor remordimiento. Cayeron fulminados y no exhalaron el menor grito.

Corrimos hasta las puertas y destrozamos los cierres con sendos disparos. Lancé una exclamación de asombro al descubrir que la primera estaba vacía. En la segunda nos encontramos con Allenger.

—¿Dónde está Diana?

Allenger nos miró sin dar crédito a sus ojos.

—¿Diana? —pareció acordarse de mi chica de pronto—. Ah, esa muchacha. Creo que la sacaron de ahí al lado hace apenas unos minutos —tembló al añadir—: Me dijeron los soldados que pronto vendrían a por mí para arrojarme al espacio.

—Y no te mintieron —dijo Murphol—. A mí me sacaron de la celda para darme el paseo por las estrellas. Por suerte los navegantes del Cuartax liquidaron a mis guardianes.

Murphol explicó al representante de Colaboración Estelar nuestros propósitos y nos alejamos de allí, yo maldiciendo la mala suerte que nos había pateado. Por unos miserables minutos no habíamos podido rescatar a Diana.

Cuando Murphol advirtió que estábamos cerca del muelle, yo me detuve.

—Sigan ustedes dos —dije—. Sólo quiero unos minutos.

—¿Qué piensa hacer, capitán Slater?

—Diana no puede estar lejos. Existe un pasillo central cerca. A Diana no pretendían matarla, o la habrían dejado en la celda.

—¿Estás loco? ¡No podemos perder un minuto!

—Si dentro de quince no me he reunido con ustedes, pueden partir sin mí o hacer lo que les parezca —dije tozudamente.

No esperé más, les di la espalda y me alejé a toda prisa por un pasillo lateral.

Aunque yo no conocía la configuración interna de una nave tan grande como la Salamandra, intuí que, como muchas, debía tener un pasillo central que conduciría al puente. Si Diana no estaba condenada a muerte posiblemente la llevaban allí, a presencia del almirante Shisterlan.

Elegí una ruta lateral, unas cintas rodantes dedicadas al transporte de mercancías. Eran veloces, incómodas para un ser vivo. Pero yo soporté aquella aceleración, y cuando calculé que había llegado al punto oportuno, salté, rodé unos metros y me levanté un poco dolorido. Entonces me lancé a un túnel a mi izquierda y llegué jadeante al otro extremo, asomándome al pasillo central.

Había hecho los cálculos correctamente. Por un lado llegaba una comitiva compuesta por cuatro soldados. En medio, Diana, manos esposadas y mirada cabizbaja.

Yo salté al pasillo, gritando y amartillando con fuerza el láser. Diana reaccionó con oportunidad y se arrojó al suelo. Previamente había abierto toda la potencia a mi arma y apreté el disparador.

Una enorme bola de fuego rugió por el pasillo, pasó por encima de los cabellos de Diana y absorvió a los cuatro soldados, llevándoselos lejos de allí. Unos veinte metros más allá la descarga de energía se autoconsumió. De los korgianos sólo quedaron en el suelo sus armas.

Ayudé a Diana a levantarse y la abracé con todas mis fuerzas. Ella tuvo que protestar, alegando que yo la ahogaba. Reí nerviosamente y le entregué un láser.

—Dispara contra cualquier cosa korgiana que se mueva, cariño. Disponemos de pocos minutos.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—No lo sé con seguridad. Si el abuelo, Fred, Murphol y Allenger han sido acompañados por la diosa fortuna, nos están esperando en

el muelle, con el crucero de la Tierra a punto —sonreí—. Y, tal vez, el Cuartax. Abe no quiere perderlo.

Escuché ruidos que venían de muy lejos. En seguida reconocí pisadas, numerosas pisadas, como si un ejército de korgianos se nos echaran encima.

—¿Te atreves a hacer un viaje peligroso —pregunté.

—La situación no es la más propicia para elegir, ¿no? ¿A qué abismo tengo que tirarme?

La cogí de una mano y ambos corrimos por un túnel lateral, hasta llegar a las cintas transportadoras. Tomamos aire y saltamos sobre ellas. Algunos bultos cayeron fuera, pero conseguimos agarramos y nos quedamos tumbados, mientras el aire silbaba sobre nuestras cabezas.

Diana quiso preguntarme algo, pero yo la pedí que callara porque tenía que concentrarme en calcular el momento oportuno para bajar de aquel molesto medio de traslado, aunque nos estaba resultando muy eficiente.

—¡Ahora! —grité.

Y saltamos, Yo procuré servir de colchón a Diana, la sostuve en mis brazos y le estampé un beso antes de echar a correr de nuevo, aunque renqueantes y doloridos ambos.

CAPITULO VIII

La cinta transportadora nos dejó a pocos metros de una especie de entrada de mercancías, sobre el muelle. A nuestros pies estaban las naves capturadas, el Cuartax en el centro. Una pequeña batalla se había desarrollado y aún nos mostraba sus muertos. Respiré aliviado al ver que casi todos eran soldados de Korgia y apenas sumaban cinco o seis los humanos alcanzados, resultado que deduje calculando los restos esparcidos.

Los tripulantes del crucero terminaban de salir del recinto de energía y recogían las armas esparcidas por el muelle, uniéndose a los que hacían frente a las tropas korgianas que intentaban irrumpir a través del corredor que horas antes anduvimos nosotros camino de nuestro cautiverio.

Miré hacia abajo. El suelo del muelle estaba a más de doce metros. El salto era imposible y no encontraba en la pared nada donde pudiéramos asirnos. El fragor de los disparos me convenció que nuestros amigos no podrían oírnos aunque nos desgastáramos. Y los minutos seguían corriendo.

Descubrí al abuelo y a Fred cerca del Cuartax disparando contra los soldados mientras retrocedían de espaldas hacia la nave. Sólo les acompañaba Allenger y algunos hombres que intuí eran tripulantes del navio de Colaboración Estelar.

Por el otro lado del muelle, Murphol y algunos oficiales de la armada terrestre intentaban asegurar la retirada de los demás hombres del crucero.

Miré con desesperación a mi espalda. A poca distancia discurría la cinta muy cerca de aquella especie de palco. Los bultos pasaban rápidos. En el techo descubrí una plancha de acero. Entendí que servía para detener la mercancía. A mi lado se hallaba la placa de mandos. Tras estudiarla pulsé un botón y la plancha cortó el curso de la mercancía, ahora cajas de metal de dos metros por uno y medio de alto.

Al irrumpir la plancha lo que conducía la cinta, las cajas empezaron a amontonarse. Pronto invadieron el palco. Diana y yo nos arrimamos a la pared cuanto pudimos y en seguida empezaron a

salir por la boca docenas, cientos de fardos, cajas y otros bultos, que fueron cayendo sobre el muelle.

Aquel diluvio llamó la atención de mi abuelo, que al descubrirme agitó los brazos lleno de alborozo. También supo que estábamos allí arriba, sir Murphol.

No aprecié nada más. Al otro lado del palco el montón de mercancías era elevado. Corté la riada elevando la plancha y entonces Diana y yo saltamos. No caímos bien y resbalamos por la pirámide, inestable y abrupta.

Nos incorporábamos cuando escuché el rugido del crucero al encender sus impulsores. Lancé unas maldiciones. Ciertamente nos habíamos demorado más de la cuenta, pero sir Murphol nos había visto y debió haber esperado un poco más.

Pero cuando descubrí que por el túnel principal avanzaba contra nosotros un denso ejército de soldados korgianos, disculpé al enviado de la Tierra. Seguramente en su lugar yo habría hecho lo mismo.

El túnel en cuestión estaba más próximo a la posición del Cuartax. Al mirar cerca de mi nave no vi a nadie. Me sentí muy mal. ¿También el abuelo iba a dejarnos allí?

El crucero de la Tierra se deslizaba por el hangar en dirección a la salida. Apenas llegase allí abriría fuego intentando destruirla para salir al espacio. Cuando eso ocurriese el aire saldría a raudales y Diana y yo moriríamos sin remedio.

Las primeras filas de korgianos estaban entrando en el muelle cuando las toberas del Cuartax se encendieron. Las llamas al rojo blanco fueron como antorchas que chamuscaron montones de hormigas. El túnel se llenó de humo, lamentos y cuerpo achicharrados.

La esclusa pequeña de nuestra pequeña nave se abrió y la figura nerviosa de mi abuelo emergió.

—¡Vamos, subid de una maldita vez! —gritó.

Debí haber supuesto que Abe nunca nos hubiera abandonado. Casi volamos a lo largo del muelle, saltando sobre cadáveres, haciendo caso omiso a los ayes de dolor procedentes del túnel.

Brincamos sobre el fuselaje y Abe tendió las manos para ayudar a Diana a entrar. Luego me abrazó y casi me arrojó escaleras abajo. Desde arriba, el viejo cerró sobre su cabeza la esclusa, vociferando por el comunicador de su muñeca a Fred para que nos largásemos.

De pronto me encontré en el puente de mando. Allí estaba Allenger, pálido y quejándose. Le habían herido en un brazo y temí que pudiera perderlo si pronto no recibía asistencia médica.

Por una de las pantallas vimos como el crucero de la Tierra disparaba contra la esclusa principal. Fred tenía la mirada clavada en los movimientos de la unidad de guerra y dijo:

—No vamos a necesitar acelerar para salir de aquí. Cuando la esclusa salte en pedazos la presión nos catapultará al espacio.

Ocurrió en aquel momento. Las compuertas se atomizaron y los millones de metros cúbicos de aire del gigantesco hangar se precipitaron por la abertura. Si nuestra entrada, horas antes, estuvo regulada mediante una amplia cámara de seguridad, al no existir ambas la salida fue muy peligrosa. Estuvimos a punto de estrellarnos contra las paredes.

Respiré cuando dejamos atrás el Salamandra, más en seguida supe que el peligro no había cesado. El enemigo podía reaccionar, de hecho lo esperaba, y sus baterías del exterior dar buena cuenta de nosotros apenas nos pusiéramos en sus puntos de mira.

—¿Cuántos hombres hay a bordo?

A mi pregunta, el dolorido Allenger respondió:

—Sólo siete; cuando, los salvamos habían ejecutado a los demás.

Apreté los puños. Los korgianos debían pagar caro sus crímenes. Si consiguiéramos salir de allí.

El Cuartax navegaba pesadamente. Desesperado, me senté al lado de Fred y escruté los indicadores.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. El caso es que no puedo acelerar más. Tal vez sea debido a unas averías que aún no logro identificar o la proximidad del Salamandra es el factor influyente.

La gran nave korgiana se alejaba de nosotros con exasperante lentitud. Era ya del tamaño de una moneda cuando efectuaron los primero disparos. Aún debían estar sus artilleros muy nerviosos o la batalla que provocamos en su interior había ocasionado averías, el caso fue que fallaron estrepitosamente.

—¿Qué es ese navio situado en el cuadrante más alejado? —preguntó Diana señalando la pantalla de detección.

—¡Es la nave de guerra de Murphol! —exclamé—. ¿Por qué no se ha alejado si ha tenido tiempo para

hacerlo? Ellos no han podido tener las mismas dificultades que nosotros...

El Salamandra estaba a unos mil kilómetros, mientras que el crucero, casi al pairo, apenas mantenía unos cien kilómetros de separación de nosotros. Los korgianos seguían enviándonos andanadas que se perdían a mucha distancia. Me pregunté cuánto tiempo necesitarían los bastardos de Korgia en afinar la puntería o reparar sus sistemas automáticos de disparo.

Diana empezó a trastear en el puente. La miré confundido. ¿Qué buscaba? La sección que accionaba los lanzadores láser estaba al descubierto, aunque no podíamos utilizarlos estando de espaldas a la nave de Korgia. ¿Acaso el Garh había incluido en el Cuartax otros misteriosos artilugios?

La chica abrió un segmento de una consola de reserva y lanzó una exclamación.

—Ya me suponía algo parecido —dijo, sacando unos cables; una auténtica maraña—. Durante el tiempo que permanecimos prisioneros alguien manipuló en el sistema de impulsión, reduciéndolo a una centésima parte de su potencia.

Tuve que tragar saliva. De habernos arriesgado a dar el salto al hiperespacio habríamos saltado en millones de pedazos.

—¿Podrás reparar eso? —pregunté.

—Creo que sí; solo necesito unos minutos.

—Antes pueden freímos esos tipos —masculló Fred.

Efectivamente, las descargas se aproximaban a nuestra nave a cada momento.

El abuelo dijo gravemente:

—Fred, acércate al crucero de Murphol.

No me pareció buena la idea, ya que por el momento los korgianos sólo parecían intentar liquidarnos a nosotros. Si nos aproximábamos a la otra nave fugitiva la pondríamos en peligro también.

—Lo haré mientras Diana intenta reparar la avería —asintió Fred —. Preciosa, apenas lo consigas me lo adviertes y nos largaremos de aquí a superluminosidad.

Nos dirigimos hacia el crucero, y éste empezó a desplazarse, alejándose de nosotros, lo que nos sorprendió bastante. Yo intenté comunicarme con ellos y desistí al percibir únicamente un vacío

total. La nave de Murphol podía tener averiado el sistema de comunicación.

De pronto una cortina de fuego se extendió delante nuestra, como si desde el Salamandra intentaran cortarnos la retirada, evitar el acercamiento al crucero. Todo aquello empezó a resultarme confuso.

—Debemos desistir —dije—. Demos media vuelta y escapemos por otro lugar.

—¡No! —gritó el viejo.

Estuve a punto de responderle agriamente cuando la pantalla de popa nos puso ante los ojos una sorpresa: una nueva nave acababa de aparecer.

—¿Quién es ahora?

A la pregunta de Fred nadie supo dar respuesta adecuada, pero cuando del navio intruso surgieron poderosas descargas hacia el Salamandra, nuestro estupor fue mayor aún.

—¡Está atacando a la nave de Korgia!

Así era. La mole de guerra korgiana, hostigada por los flancos, pronto evidenció en su fuselaje los primero daños. Pero era demasiado poderosa para ser abatida por una unidad apenas mayor que las nuestras, aunque parecía estar muy bien dotada de proyectores láseres.

—¡Ya está! —gritó Diana volviendo su cara triunfante—. Fred, cuando quieras podemos largarnos de aquí.

—¿Estás segura que esto no estallará? —preguntó Wittemberg algo desconfiado.

—Inténtalo.

Fred y yo empezamos a ejecutar maniobras precisas para acelerar lo suficiente el Cuartax y conseguir escapar de aquella zona peligrosa por el hiperespacio.

Desde el Salamandra habían dejado de dispararnos y ahora toda su atención se centraba en defenderse del inesperado ataque de la nave recién aparecida, la cual empezó a replegarse, sin dejar de levantar ante ella una cortina de fuego. Pensé que si seguía así pronto quedarían sus proyectores sin energía.

Conseguimos aumentar nuestra velocidad y fuimos acercándonos al crucero. Mentalmente dirigí mi agradecimiento a la misteriosa nave que nos había concedido el tiempo preciso para alejarnos. ¿Quién podía ser su jefe y de dónde procedía? Lamenté no haberla

identificado.

—¿Qué tal sigue el Salamandra? —pregunté.

—Concentra todas sus fuerzas en repeler el ataque; pero dudo que nuestro desconocido aliado consiga mantener por mucho tiempo su precaria posición defensiva.

Tendrá que optar por retirarse o perecer —contestó Diana.

En la pantalla principal el crucero de Murphol ganaba tamaño. De pronto empezó a mantener la distancia y yo pensé que pretendía ganar velocidad para escapar, como queríamos nosotros, por el hiperespacio. Era lógico. Debían haber visto que escapábamos y ellos pensaban hacer lo mismo.

Pero de pronto se despegaron de su casco una docena de rayos luminosos.

—¿Qué hacen esos locos? —preguntó Fred.

Las descargas de energía pasaron a poca distancia del Cuartax, perdiéndose en la profundidad espacial. Me revolví para echar un vistazo a las imágenes de popa. El Salamandra se movía en nuestra dirección, pesadamente, sin cesar de disparar contra la nave misteriosa, que como una avispa parecía revolotear alrededor de un elefante.

Sin duda alguna, el navío korgiano volvía a acordarse de nosotros. Mientras parte de sus baterías mantenía a raya a la nave que les hostigaba, enfilaba el resto de sus poderosas armas hacia la nuestra. Seguramente el almirante Shisterlan estaba furioso y no quería prescindir del placer de aniquilarnos.

Nuestra situación entre el crucero terrestre y el Salamandra era muy peligrosa. El primero parecía querer proteger nuestra huida mediante el uso de su proyectores de popa, pero evidentemente lo estaba haciendo tan mal que sus disparos pasaban muy cerca del Cuartax.

De pronto, observé como la nave desconocida se alejaba de la zona de combate. El comunicador tronó violentamente en el puente y una voz hueca, distorsionada, nos gritó:

—¿Qué esperáis para largaros de una vez?

Luego llegaron turbulentas interferencias.

—Ahora comprendo por qué resulta imposible la comunicación —masculló Abe—. Son interferencias desde el Salamandra.

—Murphol ha debido aprovechar un momento idóneo para

pedirnos que huyamos —comentó Fred, sudando copiosamente mientras terminaba de ajustar los mandos para propiciar el salto de nuestra nave.

—¿Por qué crees que esa voz es la de Murphol? —preguntó, airado, el abuelo.

—Tal vez sea la del comandante de la nave que nos está salvando, ¿no? —inquirió Diana—. Por cierto, parece que no puede soportar más el fuego del Salamandra y está a punto de largarse.

—Será lo más sensato —gruñó el viejo, atusándose el bigote.

Apenas calló Abe, la nave desconocida se perdió de nuestra vista primero y luego dejaron de indicarla los detectores. Con toda seguridad, casi agotados sus recursos, había optado por una retirada eficaz mediante la superluminosidad.

—Podemos hacer lo mismo —dije.

—No podemos huir dejando aquí el crucero y… —empezó a decir Fred.

—¡Hazlo ahora mismo, condenación! —vociferó Abe.

Y ante la actitud dubitativa de Fred, mi abuelo saltó de su sillón y apretó el dispositivo que nos debía introducir en el hiperespacio.

Los cinco segundos siguientes, antes de perder de vista las estrellas, nos permitieron observar como el crucero volvía a disparar. Nunca supimos si su andanada fue más efectiva que las anteriores y alcanzó al Salamandra. Nosotros nos quitamos de en medio antes que cruzara nuestra posición.

—No está bien lo que ha hecho, señor Slate —protestó Fred, mirando con despecho al viejo.

El viejo buscó ansiosamente un cigarro que llevarse a los labios. Al no hallar nada que fumar soltó unos tacos y agitó su dedo nervioso y acusador ante la nariz de Fred, diciendo.

—¿Qué te hizo creer que el crucero disparaba a la nave de Korgia?

CAPITULO IX

Walantrar era un mundo considerado por todos los estados estelares como zona neutral, donde residía el Consejo que mal o bien imponía un poco de orden en la galaxia. Su población, muy diversa, resultaba aburridamente pacífica y muy próspera a causa de las numerosas legaciones que allí residían.

Pero el planeta no disponía de ejército propio, aunque siempre orbitaban su superficie escuadras y flotas, de otros estados.

Cuando el Cuartax surgió del hiperespacio a unos veinte millones de kilómetros de Walantrar y dos horas más tarde estábamos a menos de un millón, el viejo fue el primero en descubrir lo que en seguida consideramos como una anomalía.

—No se detecta la presencia de ninguna flota de guerra —murmuró con su ceño profundamente fruncido.

—Tal vez estén al otro lado —insinué. Tras la batalla sostenida anterior a la huida apenas había cruzado palabra con el abuelo.

Y es que Abe sostenía una teoría que no podía digerir.

—Debemos identificarnos —advirtió Fred—; es la ley.

—Pues hazlo.

Durante unos minutos, mientras el Cuartax seguía aproximándose al planeta, Fred estuvo intentando establecer contacto. Lo consiguió al fin y apareció un rostro en la pantalla que hizo exclamar un grito a Diana.

—¡Papá!

Entonces yo reconocí aquel rostro. Era el legislador Eric. Todo el mundo lo conocía por Eric y pocos recordaban su apellido: Morton, el mismo que el de Diana. ¿QUÉ hacía en Walantrar el Legislador, fuera de su cubil dorado en la Tierra?

Pero dejé las divagaciones y presté atención al coloquio entre padre e hija.

—Diana, cariño, no sabes lo contento que estoy al verte —dijo emocionado Eric Morton. En seguida, con gesto adusto, agregó—: Nunca debí permitir que fueras a ese maldito planeta, a Krandilah. Dile al capitán que puede descender sobre la explanada que existe al lado del edificio del Consejo. Estaré allí esperándoos.

Abe apartó con escasa delicadeza a Diana y preguntó al Legislador:

—Señor, ¿dónde están las naves de combate que usualmente esperan alrededor de Walantrar?

—¿Quién es usted?

—Soy Abe Slater, copropietario del Cuartax. Mi nieto es el capitán, Bruce Slate. Por favor, respóndame.

—Cuando no llegaron ustedes, el Garh Eram se asustó. Nos contó que había hablado con el Cuartax y dijo que temía hubieran sido atacados en el anterior salto. El olifhiriano partió con su nave sin esperar a que se prepararan las veinte unidades de combate que entonces estaban orbitando Walantrar.

Los cuatro nos miramos los unos a los otros. Bueno, debo aclarar que mi abuelo no parecía tan sorprendido, y fue él quien rezongó:

—Siempre sospeché que esa nave misteriosa que nos defendió del Salamandra era la del Garh Eram.

—¿Está seguro? —preguntó, aún no convencido, Fred—. Yo he creído que el Garh era el traidor.

—Yo estoy de acuerdo con Abe —dije. El Garh fue quien artilló el Cuartax, se lo dijo a Diana; siempre temió que pudiéramos ser atacados.

—¡Pero él no estaba en el interior del Salamandra!

—Se anticipó y llegó al punto de salida antes que la nave de Korgia tomara posición y fuera engullendo a todas, que no pudieron evitarlo. Claro que una entró en el hangar por su propia voluntad — dijo Abe.

—¿Allenger? —preguntó ceñudo Fred, mirándolo al tiempo que acercaba la mano a su pistola.

—¡No sea loco, señor Wittemberg! —aulló el representante de Colaboración Estelar, crispando el rostro ante el dolor del brazo—. Mi nave llegó la primera, luego la de Murphol y al final la de ustedes…

—Entonces… —Fred se incorporó, algo pálido—. Sólo nos queda…

A mí no me cogió tan de sorpresa la conclusión a la que llegábamos todos. Abe asintió con la cabeza y dijo:

—Así es. Murphol es el traidor de la historia.

—Pero él estaba en la nave prisionero…

—Pura representación —dijo Abe.

—No entiendo nada —se lamentó Fred.

—Admito que para mí también es un poco confuso.

El viejo se rascó el cogote y dijo:

—Bueno, yo tengo mi teoría y es que…

El rostro del Legislador Morton se alteró. Vimos como varias personas se acercaban a él y le entregaban un mensaje. Se volvió para mirarnos y dijo con nerviosismo:

—Atención, acaban de informarme que han aparecido en las inmediaciones de Walantrar varias naves. Una es el crucero de Murphol, seguida por el navio de Eram. La tercera… ¡Es el Salamandra!

—¿Cómo se ha atrevido a venir hasta aquí?

—Eso es parte de la historia —suspiró Abe.

—Déjalo para luego, abuelo. Fred, lleva a la superficie el Cuartax y que nos protejan las defensas del planeta.

—¡No! —gritó el Legislador—. Permanezcan en el espacio. Carecemos de defensas de superficie. Ni siquiera disponemos de una nave de guerra cerca de aquí. A bordo del Cuartax aún tienen una posibilidad de escapar de nuevo.

Acepté la sugerencia y ordené a Fred que estableciera nuestra nave en una órbita alejada de Walantrar, teniéndolo todo dispuesto para largarnos de allí si las cosas se ponían más feas de lo que ya estaban.

Abrimos todos los circuitos comunicadores y fueron encendidas las pantallas del puente. Me aseguré que los hombres de Allenger ocupaban los puestos de emergencia y el equipo de robots de reparaciones —los que nos restaban— se hallaban prestos a actuar.

Escuchamos frases confusas y los chirridos característicos de los korgianos. Identifiqué la voz estridente del almirante Shisterlan. Parecía muy furioso.

—¡… Condenado seas, Eram! Has mostrado el camino a esos cerdos…

Era la voz de Murphol. Arrugué el ceño y vi sonreír al abuelo. En aquel momento deseé que hubiera expuesto su teoría. Yo tenía mis ideas un poco confusas.

—A mi entender los korgianos han tardado mucho en darse cuenta de que te valías de ellos, Murphol —replicó la lejana voz de

Eram, un poco mordaz—. En lugar de un aliado ellos tenían en ti un traidor también…

La nave de Eram realizó una hábil maniobra y se alejó. El Salamandra estaba muy cerca y empezó a disparar contra el crucero, que consiguió eludir los prime ro aludes de energía y pretendió descender, pero Eram se lo impedía.

—¡Enfréntate a ellos, Murphol! —demandó Eram.

El representante terrestre escupió unas maldiciones y todos escuchamos como ordenaba a sus gentes que buscasen una ruta de huida.

Pero las evoluciones de la pesada nave de Korgia resultaron eficaces y las nuevas andanadas engulleron al crucero, las voces airadas de Murphol cesaron y en el espacio apenas quedaron unos corpúsculos que rápidamente se disiparon.

—Os he avistado, Cuartax —nos saludó Eram, ocupando su enorme cabeza elefantina una parte de la pantalla que aún se reservaba el Legislador. Ambos personajes parecieron mirarse y el olifhiriano le dirigió una sonrisa, añadiendo—: Saludos, Morton; lamento que su enviado no haya sido lo que usted esperaba.

—No se lamente, Garh. Ahora el problema es esa nave enemiga. No se contentará con haber castigado a quien les traicionó. Si no me equivoco es el díscolo, almirante Shisterlan quien la comanda, ¿no? Lo conozco y sé que no se marchará así como así. Si se da cuenta que estamos desamparados pretenderá arrasar el planeta, ya que sabe que ha condenado a toda su raza al ostracismo. El Consejo Galáctico aún permanece en Walantrar y está observando lo que ocurre.

Yo me pasé la mano por la frente. Por muchos testigos que Shisterlan pretendiese quitar de en medio siempre quedarían bastantes. Pero los muertos no podrían ser resucitados, aunque al final la galaxia declarase la guerra a Korgia o lo redujera a un ínfimo estado estelar, arebatándole los privilegios actuales.

—¡Que me aspen si entiendo algo! —gimió Fred.

Le sonreí, disimulando un entendimiento que aún no tenía muy claro.

El Garh buscó a Diana, y cuando la localizó le dirigió una sonrisa y dijo:

—Dama Morton, celebro verla. Como ya sabe, su padre está en Walantrar. Estará seguro, pero usted corre peligro. Le sugiero que

escape de aquí. Aún puede hacerlo.

—¿Qué intenta, Eram?

—Lo único que podemos hacer: enfrentarnos al Salamandra. Las naves que partieron tras la mía debieron acudir a la batalla, que mantuvimos mientras ustedes escapaban, un poco tarde, cuando ya nos habíamos largado todos. Por lo tanto regresarán aquí, pero pueden tomarse mucho tiempo. Mis hombres y yo estamos dispuestos a mantener a raya a los korgianos mientras podamos.

—¡No consentiremos eso, Eram! —exclamé. Enseguida me arrepentí. No tenía derecho a hablar en nombre de los demás.

Pero cuantos estaban conmigo, sin excluir al herido Allenger, se unieron a mi decisión.

Cuando Eran se convenció que no podría disuadirnos, alzó sus enormes hombros y dijo:

—Está bien, pero al menos coordinemos nuestros movimientos: ataquemos al Salamandra desde posiciones distintas, no esperaremos sus respuestas y sólo dispararemos cuando estemos seguros que no podrá alcanzarnos.

Sólo consultamos con el Legislador con la mirada. Ninguno le hizo pregunta alguna, ni siquiera su hija. Morton se limitó a asentir, aunque visiblemente consternado.

—Sé que es lo correcto. Suerte —dijo.

Coordinamos nuestros movimientos con los de Eram, dejamos que el Salamandra siguiera aproximándose a la atmósfera de Walantrar y entonces lo atacamos.

Aunque nuestras descargas eran como bocados de hormigas contra un dinosaurio, insistimos una y otra vez. Apenas los proyectores del Salamandra, devolvían el fuego, nosotros nos alejábamos. Luego me enteraría que, efectivamente, la gran nave de Korgia sufría dificultades en sus detectores y casi tenían que apuntar manualmente.

Fueron pasando los minutos y yo veía alarmado que las reservas de energía propias bajaban vertiginosamente. Algo semejante debía ocurrirle al Garh Eram, sin duda.

De pronto vimos como la nave de Eram efectuaba una pésima maniobra, quedaba a merced del enemigo y no conseguía librarse de una serie de impactos que inutilizaron sus sistemas de propulsión. Crispé los puños. A Eram no le quedaba ya la posibilidad de

retirarse, de ninguna manera.

Diana seguía al cargo de nuestros proyectores y de pronto se volvió hacia mí, para expresarme con su mirada llena de angustia que nuestras reservas estaban agotadas.

Mientras, la malparada nave de Eram vagaba por encima de la atmósfera y en cualquier segundo podía recibir el tiro de gracia del Salamandra.

Como un monstruo espacial, la colosal estructura de la nave de Korgia, con muchas heridas en su horrible fuselaje, se precipitaba sobre la unidad de Eram. Entonces el espacio alrededor suyo se cubrió de puntos luminosos.

—¡Son las naves del Consejo Galáctico! —exclamó Diana.

Lo que sucedió a continuación lo presencié a través de mis cansados ojos. Cientos de descargas sucesivas, incansables, fueron cubriendo de bolas de energía toda la estructura del Salamandra. Cuando terminó rompiéndose en varios pedazos enormes y luego éstos en miles de otros más pequeños, casi no podía dar crédito a lo que veía.

Las naves de guerra de varios estados estelares pasaron cerca de nosotros, como saludándonos.

Fuimos escoltados hasta la superficie, mientras un crucero de Olifhir recogía a los supervivientes al mando del Garh Eram.

* * *

El abuelo sonrió complacido cuando exhaló la primera bocanada de humo azulado. Cogió entre sus dedos llenos de nicotina el largo veguero y lo admiró un momento. Luego se volvió hacia nosotros.

En el salón privado del Consejo Galáctico estábamos casi todos los protagonistas de aquella extraña aventura. Sólo faltaba Allenger, internado urgentemente en un hospital. Yo miraba de reojo a Diana, sentada al lado de su padre, que la cogía por una mano.

—Bueno, como dije hace poco, yo comprendí lo que ocurría —empezó hablando Abe, muy contento por poder decir al fin que él lo adivinó todo cuando los hechos parecían tan confusos —. Murphol ambicionaba el poder que ostenta Eric Morton. Sabía que nunca podría desbancarle y fingió aliarse con Korgia, advirtiéndoles que los estados de la galaxia tramaban un plan para acabar con ellos. Había algo de cierto, pero él mismo movió los hilos para convencer a

Olifhir y a Colaboración Estelar para que se celebrase una reunión en Lachman. Previamente, Olifhir había comunicado que poseía pruebas que demostrarían que Korgia había infringido los protocoles. Murphol avisó a sus aliados, pero sólo pudieron enviar a Lachman un comando sui cida y otros agentes que actuarían si el primero fallaba. La aparición de la nave pirata korgiana cerca del planeta fue fortuita, mas para nosotros supuso una suerte, ya que nos entregó a Diana —le sonrió—. Luego, los korgianos, advertidos por Murphol consiguieron arrebatar a Eram las pruebas y destruirlas.

»Todo parecía venirse abajo, pero entonces Eram descubrió a Diana, y Murphol, sorprendido, no pudo ocultar que la conocía. Para éste el asunto se complicaba. Sabía que si Korgia era castigada antes de tiempo no podría mover la trama prevista en la Tierra para apoderarse del puesto de Legislador, para lo cual contaba con hacer méritos, conduciendo la coalición galáctica contra Korgia, venciéndola.

»De nuevo advirtió a los korgianos, informándoles de los lugares donde aparecerían las naves, en sus saltos en dirección a Walantrar. Como falló el primer ataque para eliminar a Diana, se adelantó y reclamó la presencia de la mejor unidad de guerra de Korgia: El Salamandra.

»Una vez que nos tuvo a todos, necesitaba convencemos de la culpabilidad de Eram, lo que apartaría a Olifhir de la alianza, ya que este planeta nunca hubiera consentido que el liderazgo de la campaña lo hubiera llevado una sola persona, como pretendía Murphol.

»Murphol eliminó a los hombres de su nave que no le eran fieles y luego disimuló ser un prisionero. Dijo a Shisterlan que sólo debía eliminar a Allenger y sus gentes, que él fingiría escapar y nos llevaría a nosotros, a los dueños del Cuartax. Pero no le salieron bien los planes. Bruce no estaba dispuesto a marcharse sin Diana. Además, salvamos a Allenger y parte de sus hombres. Viendo que las cosas se le complicaban, Murphol temió que su alianza con los korgianos iba a venirse abajo, irremediablemente. Efectivamente, tuvo que matar a muchos de sus presuntos aliados, lo que enfureció a Shisterlan y le hizo sospechar que el terrestre sólo le había estado usando a su conveniencia. Se enfureció y lo persiguió hasta este planeta, en donde pudo darse la satisfacción de destruirlo.

El abuelo, evidentemente orgulloso, ensanchó el pecho y añadió:

—Lo demás es simple. Eram llegó aquí y al ver que aún no habíamos arribado, regresó y nos salvó del ataque del Salamandra. Fue entonces cuando Murphol pretendió destruirnos hecho que Fred pensó era un intento de ayudarnos.

Fred se sonrojó y volvió la mirada a otro lado.

El Legislador se levantó y dijo:

—El Consejo nos está esperando, señores. No dudo que dictamine una declaración de guerra contra Korgia si no depone su actitud y abandona la piratería legalizada, además de liberar a todos los esclavos que posee, por supuesto —giró la cabeza para decir a Diana—: Cuando termine aquí volveremos a la Tierra, hija.

Ella negó con la cabeza, con firmeza.

—No, papá.

—¿Es que pretendes volver a Krandilah, a seguir estudiando esa estúpida cultura? —preguntó, sorprendido el Legislador.

—Nada de eso. Me marcho.

—¿Con quién?

Se agarró a mi brazo y respondió a su padre:

—Con mi amo. El señor Slate posee un documento que asegura yo soy su esclava.

—¡La esclavitud no existe! —preguntó el Legislador, divertido.

—Ahora, sí. Ah, cuando esté abolida me lo comunicas y entonces le pediré a Bruce que nos casemos. ¿Te parece?

—Dudo que haga falta —sonrió Eric Morton. Besó a su hija en la frente y me estrechó la mano—. Cuídela, Slate.

—Descuide, señor.

Cuando se hubo marchado Eric, el Garh Eram se adelantó y me entregó un sobre. Dijo:

—Aquí tienes lo estipulado —gorgueó lleno de burla—. Supongo que será un buen regalo de bodas, cuando llegue ésta.

Lo tomé y entregué al abuelo.

—Abe, cuida del Cuartax. Dentro de unas semanas volveré al trabajo.

Y me marché con Diana, muy juntos los dos. Escuché que Fred preguntaba al viejo:

—¿También usted había previsto que esto iba a terminar así?

FIN